

M-49341
F-49343

ATN
3786

DOÑA BLANCA DE NAVARRA,

Drama histórico, original,

EN CUATRO ACTOS Y CINCO CUADROS, EN PROSA Y VERSO.

SU AUTOR

D. IGNACIO GARCIA ONTIVEROS.

Segunda edicion, corregida por el autor.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

ENRIQUE IV.

JUANA DE PORTUGAL.

BLANCA DE NAVARRA.

DOÑA ISABEL.

EL MARQUES DE VILLENA.

EL VATE AUSIAS MARG.

ATAHÁR, *alferez*.

PELAEZ, *capitan*.

MOLINA, *cortesano*.

UNA ABADESA.

LA HERMANA GERTRUDIS.

UN CARCELERO.

DAMAS Y BALLESTEROS DE LA REINA, MONJAS, SOLDADOS CASTELLANOS Y GENTE DEL PUEBLO.

La accion en el 1.º y 4.º acto es en Cuenca, y la del 2.º y 3.º en los campos de Granada.

SIGLO XV.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 8 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



ACTO PRIMERO.

Cámara de la reina con una ventana al frente y dos puertas laterales. Doña Juana con un papel en la mano, y el marques de Villena. Ambos en trages de caza.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA Y EL MARQUES DE VILLENA.

Marques. **C**on que, según decís, aun le tendremos por allá algún tiempo.

Juana. Leed si quereis su carta: son por demas los triunfos que va adquiriendo cada dia en los campos de Granada. A no verse Castilla invadida de tantos enemigos, pronto contaríamos con una paz estable y lisonjera.

Marques. Sin embargo, señora, los enemigos de nuestro esposo don Enrique son bastante pertinaces, y su hermano don Alfonso va adquiriendo mas prosélitos de los que era menester; pero todo podrá componerse. Los tiempos varían, como varían tambien los pensamientos de los hombres.

Juana. Sí; pero mientras dirijo las riendas del gobierno, mientras al pasar por las calles y paseos de Cuenca, veo en cada vasallo un enemigo, que si pudiera me arrastraría por las calles... verdad es, que la opresion en que los tenemos no puede producir otra cosa. ¡Ay! aquella paz en que vivia entre los míos...

Marques. Aquellos dias tan balagüenos que disfrutamos en Portugal, cuando libres de tantos cuidados nos entregamos á los placeres... al amor...

Juana. ¡Ah! sí, callad: no me recordeis esos tiempos; tambien sabeis los disgustos que despues nos

han producido. Nuestro amor fue marcado con el sello de la reprobacion; y aquel fruto de mis entrañas fue víctima del descuido, quizá de vuestro abandono.

Marques. No teneis en que culparme: vos misma me dijisteis que era indispensable entregarle con fingido nombre al cuidado de alguna persona de mi confianza; ninguno me pareció mejor que mi buen amigo Roberto de Santafé, que á la sazón se encontraba en el ejército del rey don Enrique: llamado por este para dirigir las riendas del gobierno, tuve que abandonaros y emprender mi marcha para Castilla.

Juana. En efecto, ese fue otro disgusto que me produjo vuestro amor.

Marques. Sí; pero al mismo tiempo pude lograr á pocos años el repudio de doña Blanca para enlazarnos con el rey. Esta fue una de las intrigas de mi mayor empeño. Por fortuna el rey vuestro esposo se ha dejado dirigir como yo queria; su carácter débil y amilanado apoya todos mis proyectos, y bien sabeis que vuestros halagos y mis adulaciones le tienen ofuscada la razon.

Juana. Sí; mas descuidar del tal modo la suerte de nuestro hijo, ha sido un abandono imperdonable.

Marques. Eso era una consecuencia indispensable. Las diversas alteraciones políticas interrumpieron por algun tiempo mi correspondencia con Roberto Santafé, y cuando intenté con el mayor empeño indagar su paradero supe que habia perecido en el campo del honor; de consiguiente nada pude saber de nuestro hijo.

Juana. ¡Infeliz! ¿Y cuando se lo confiásteis supongo que no os olvidaríais de hacerle alguna señal para...?

Marques. Nada de eso; únicamente le entregué diez mil escudos de oro, para que tuviese un capital con que vivir.

Juana. ¿Y el cuchillo de monte?

Marques. Tambien se lo entregué, con el encargo que me hicisteis de que le conservase toda su vida.
¡Pobre Santafé!

Juana. No correspondió muy bien á vuestra confianza, abandonando el hijo que le entregásteis.

Marques. Verdad es; ¡si supiera el hombre cuándo era el día de su muerte!

Juana. ¿Y tal vez no le diría al morir el secreto de su nacimiento?

Marques. Tanto mejor: secretos hay en la vida que conviene ignorarlos. En fin, no hablemos ya de una cosa perdida; vayámonos á nuestra acostumbrada caza, que á mi ver se va ya haciendo tarde. (*Se asoma á la ventana.*) Ya está á las puertas del palacio la chusma popular.

Juana. Sí, nos iremos: precisamente no hay cosa que me distraiga mas que el ver dar vueltas á una cierva ó á algun javalí herido.

Marques. Pues hoy no falta gente á veros salir, Muy obsequiosos se van haciendo los castellanos.

Juana. ¿A ver? (*Se asoma.*) Efectivamente, hacia ya algun tiempo que no tenia quien me interrumpiera el paso. Tanto mejor. (*Cierra.*)

Marques. Sin duda les llamará la atencion vuestros nuevos lebreles, ó el trage que sacais hoy de caza. ¡Pobre pueblo! siempre tan fátuo. (*El marques abre una puerta y sale con la reina.*)

ESCENA II.

Plaza pública coronada de gente; á la derecha el palacio real, con guardias á sus puertas,

ATAHÁR y PELAEZ, paseándose.

Pelaez. ¿Sabeis qué digo, Atahár? Segun veo no va á caber tanta gente en la plaza.

Atahár. Lo mismo digo yo.

Pelaez. Desde que el rey Enrique IV. salió de Cuenca en persecucion de sus enemigos, jamas he visto tanta concurrencia á ver salir á la reina.

Atahár. Ni yo tampoco.

Pelaez. ¡Cosa rara! cuando todos los odiamos, venir á verla montar en su soberbio alazan para ir á matar fieras, mientras los pobres castellanos... já, já.

Atahár. ¡Qué necesidad! por la cabeza de san Juan que calleis. (*Algunos del pueblo se van sentando.*)

Pelaéz. Como buen militar, me gusta hablar de todo. Mirad aquello; ya estan hartos de esperar, y se van sentando en el suelo.

Alahár. Es que solo se sientan los viejos.

Pelaéz. Ya. (*Se pasean.*)

Uno del pueblo 1.º No impida el paso.

Hombre 2.º Yo aguardo lo que aguardo, y por eso me he sentado.

Centinela. Lo mismo haria yo si pudiera.

Hombre 1.º ¿Te pesa la lanza?

Centinela. Bastante.

Hombre 2.º Pues pídele por favor al mágico Ausias Marc que aligere su peso.

Centinela. No hay que agolparse todos.

Hombre. 1.º Que no empujen.

Centinela. Cuanto mas distantes esten, mejor verán á la reina.

Hombre 1.º Yo estoy harto de verla.

Una muger. Buena arpía.

Uno. Cállese, muger.

Otro. Dice bien, sí señor, dice bien.

Uno. Y yo tambien.

Varios. Y yo, y yo, y yo...

Centinela. Silencio, y háganse atras.

Atahár. (*A Pelaéz.*) Me parece que todos pensamos de un modo.

Pelaéz. ¿Por qué?

Atahár. ¿Sabes lo que hay?

Pelaéz. Yo no.

Atahár. Se aguarda al Vate Ausias Marc.

Pelaéz. ¿Al mágico?

Atahár. Sí; como sabes que es presagiador de todos los males, y entiende de astros, y prevee las guerras, en fin, sabe tanto, por lo que goza de un gran favor con los reyes, vienen á pedirle presagie cuál ha de ser la suerte de Castilla, viéndose mandados por esa ilegítima reina doña Juana de Portugal, y por su despótico ministro el marques de Villena; y si es adversa, no estará demas el poner bien nuestra alma con el Señor.

Pelaez. Contarán con parte del ejército.

Atahár. Y con toda Castilla.

Pelaez. Bien; pues entonces que cuenten conmigo.

Atahár. ¿Veis toda esa gente? pues toda viene bajo mis órdenes; la mayor parte es de la nobleza de Castilla.

Pelaez. ¿Qué decís?

Atahár. Toda es buena para un empeño: por hoy no se trata de mucho. En un caso de apuro aquí tengo mi espada; si la perdiese no me faltaria otra arma con que defenderme.

Pelaez. ¿La mia?

Atahár. No: para dar muerte á un traidor basta una arma corta, que no se quiebre; una arma que pueda esconderse con facilidad; un puñal, por ejemplo.

Pelaez. Teneis razon. Un puñal con dos filos, ó un cuchillo bien vaciado.

Atahár. Asimismo: precisamente jamas me falta á mí uno que me dió mi buen protector poco antes de morir; dijo que por él podria llegar á descubrir el misterio de mi nacimiento, y por eso siempre le llevo conmigo: jamas me he servido de él, pero como llegase el caso no tendria inconveniente en clavarle en el pérfido seno del marques de Villena, ó de...

Pelaez. ¡Chist! callad. Guardadle bien, y plegue á Dios no tengais necesidad de usar de él.

Atahár. Dios os oiga.

Pelaez. Tal vez será el de algun salteador de caminos.

Atahár. Con tiento, mi capitan, que mi buen protector, que santa gloria haya, no tenia cara de eso. *(Se oye marcha real; sacan las espadas y se ponen á las puertas del palacio; el pueblo se agrupa.)*

Hombre 1.º *(Mirando al palacio.)* ¡Cuánta comitiva! Salen por la puerta que da al campo... Todos llevan ballestas.

Hombre 2.º Irán de caza.

Hombre. 1.º Al bosque del marques de Villena.

Uno. Ayer mataron once javalies.

Otro. ¡Cáspita! Allí va el marques. *(Murmillos en el pueblo.)*

Uno. El tigre de Castilla.

Una muger. La reina... viva.

Varios. Chist... fuera.

Uno. Allí viene, allí viene,

Otro. ¿El mágico?

Varios. Bien... bien...

Uno. Ya llega: viva.

Todos. Viva.

ESCENA III.

DICHOS y EL VATE, *que se quedará en la primera grada del palacio.*

Vate. ¿Qué me quereis, ó nobles castellanos?
¿Necesitais de mí?

Atahár. Sí, sí, escuchadnos.
(*El pueblo rodea á Atahár; reina un gran silencio.*)

Queremos nuestra paz, y nuestras vidas;
mi voz responde por Castilla entera,
y en mí te implora con humilde ruego
que su suerte presagies; tú que sabio
mereciste de un rey la confianza,
y el aprecio de un pueblo que te adora,
y acata tu saber; tú, noble Vate,
de un pueblo dolorido el eco escucha,
que humilde á tu saber dobla su cuello.

Vate. Esponme tu mision, fiel castellano,
y el cielo oirá tus dolorosas quejas.

Atahár. Castilla gime bajo el fiero yugo
de un monarca que débil é impotente,
al repudiar de su amoroso lecho
á nuestra reina y su legal esposa,
llenó este suelo de tristeza y luto.
Asombrada Castilla lo miraba
como un crimen atroz, y desde luego
se esparció la discordia y los horrores,
al ver sentada en nuestro trono augusto
una esposa ilegítima ante el cielo
que un Dios ha reprobado; y sus ministros
subyugando á Castilla envanecidos.
¿Quién al hombre jamas poder le diera

de dominar á su capricho al hombre?

Siempre al esclavo subyugó el tirano
atándole á sus pies férreas cadenas,

y los quejidos y dolientes ayes

jamas su pecho endurecido ablandan.

Asi Castilla padeciendo humilde

tres largos años de penosas quejas,

imploran tu presagio, noble Vate;

tú que á los astros con tu ciencia miras

leyendo el porvenir, dinos, te ruego,

dinos, oh Vate, de Castilla el hado.

Vate. Ya te he escuchado, castellano noble;

jamas, bien lo sabeis, he desoido

la voz del pueblo cuando pide justo,

ni el poder de los reyes halagára.

Pueblo. ¡Viva Ausias Marc!

Vate. Oidme, castellanos;

vuestras quejas son justas.

Pueblo. Viva, viva.

(Se ve abrir misteriosamente un balcon del palacio á un cortesano que escucha.)

Vate. Cansados de sufrir la tiranía

de unos reyes sujetos á un ministro

que ambicioso los ciega, y que pretende

sujetar á Castilla á su capricho,

con justicia os quejais; todos los grandes,

y de este suelo la nobleza entera,

todos temieron porque vian ciertos

la discordia esparcida por la patria;

lleno de triunfos nuestro rey Enrique

en esa guerra contra infieles justa,

dejó entregado el cetro castellano

en manos de una reina caprichosa;

dejada dominar de sus ministros

os quieren subyugar, y vuestra suerte

es harto desgraciada, castellanos;

la estrella que os preside, lo presagio,

es muy contraria á vuestra paz.

Atahár. *(Al pueblo.)*

¿Lo oisteis?

(Murmullo en el pueblo.)

Mostrad ese presagio á los ministros

y á los reyes tambien.

Vate.

Yo solo puedo
mostraros el presagio que pediais;
os cumplí mi promesa, castellanos;
salud, salud os digo.

Atahár.

El cielo os guarde.

Cortesano. (Cerrando el balcon.)

Es preciso que al punto el marques sepa
y la reina tambien este suceso.

(El Vate se retira por el mismo palacio; el pueblo rodea á Atahár.)

ESCENA IV.

DICHOS, menos EL VATE.

Atahár. Ya el presagio escuchamos; dura suerte
nos espera quizás, si aletargados
arrastramos mas tiempo las cadenas.
Yo parto de Castilla á los reâles,
á animar el ejército y los pueblos.
Os queda á vuestro frente el Vate mismo
y la infanta Isabel, y despues ellos
de extremo á extremo buscarán gustosos
á la inocente Blanca de Navarra,
que es legítima reina de Castilla.
Aunque en la lucha perezcamos todos,
sacudid este yugo muy mas triste
que la muerte sufrir entre mil lanzas.
Guardareis precaucion hasta mi vuelta,
que muy breve será; y á vuestro frente
levantaré la voz de la justicia
en pos de vuestras armas victoriosas.

Pelaez. Contad con mis soldados, noble jóven.

Uno del pueblo. Y con mil lanzas y con veinte pueblos.

Otro. Contad con nuestro arrojo y nuestros brazos.

Varios. Viva Atahár.

Atahár. (Abrazando á algunos.) A Dios, paisanos mios.
(El pueblo se retira.)

ESCENA V.

Bosque frondoso: hombres ojeando caza. Ballesteros y pages colocados en diversos sitios con ballestas en las manos. Damas de la reina tejiendo ramos de flores. Doña Isabel observándolas.

DOÑA ISABEL, DAMAS Y MOLINA.

Dama 1.^a (Con una flor en la mano.)

Si á vuestra alteza os agrada
será mas bella esta rosa
si en esa trenza graciosa
puedo verla colocada. *(Se la pone.)*

Isabel. Bellas son, Laura, las flores,
pero á mí no me estan bien.

Dama. 1.^a Parecen en vuestra sien
de púrpura sus colores.

Dama. 2.^a Y si aceptais de mi mano...
le he tejido para vos. *(La ofrece un ramo.)*

Isabel. Os doy gracias á las dos. *(Lo acepta.)*

Molina. Mucho de flores gustais.

Isabel. Sin duda, por ser hermosas.

Molina. Muy mal parecen las rosas
donde vos, señora, estais.

Con vuestro fino color
ajais tal vez su hermosura.

Isabel. ¿De veras? Se me figura
que estais de muy buen humor.

Molina. Como se hablaba de flores
y estoy de cazar cansado...

Isabel. Pronto os habeis fatigado.

Molina. Me gusta hablar mas de amores.

Isabel. Doncel sois de pocos años.

¿Amais ya?

Molina. Con demasía.

Y no fue la culpa mia,
que yo no supe de engaños.

Isabel. Será tu dama muy bella.

Molina. Donosa la formó Dios,
pero mirándoos á vos
pudiera olvidarme de ella.

Isabel. ¿ Si os oyese qué diría?
Molina. Dijera que erais hermosa;
 mas fuera muy rigurosa
 si enojada me reñía.

Isabel. Advertido es el doncel,
 aunque sois algo inconstante;
 quiero decir, sois amante.

Molina. Eso sí.

Isabel. Pero no fiel.

(*Suena el clarin para el ojeo.*)

Id á cazar; no dejéis
 de seguir á la carrera
 alguna cierva ligera
 de que glorioso triunfeis.
 Es gala del cazador
 presentar su presa herida,
 su ballesta enrojecida,
 orgulloso vencedor;
 y obsequiar luego á una bella
 con la fiera que rindió,
 diciendo no la acabó
 por presentársela á ella.
 Vos tan galan, tan cumplido...

Molina. Dos cosas hay con razon
 que me llamen la atencion
 en el mundo; ser querido
 de una niña encantadora
 cuya admirable hermosura
 sea de amor la pintura;
 y la segunda, señora,
 ver á mis pies una fiera
 teñida en sangre, humeando,
 á quien seguía acosando
 á la agitada carrera.

Isabel. Teneis buen gusto, marques;
 si conseguís vuestro objeto
 sereis feliz.

Molina. Yo os prometo
 rendir pronto á vuestros pies
 la primer fiera que baje
 por el monte mas cercano.

Isabel. Os doy gracias, cortesano.

Molina. Al bosque voy, venga un page.
(*Vase el cortesano seguido de un page que le acompaña.*)

ESCENA VI.

EL VATE y DICHOS.

Vate. Seguid, oh damas, tejiendo
vuestros ramos de mil flores,
cuyos fragantes olores
van el monte trascendiendo. (*Repara en Isab.*)

Isabel. ¿Sois vos? á fé no os veía.
¡Estais aqui! ¡Qué consuelo!
Bien sabeis que os formó el cielo
para causar mi alegría.

(*El Vate la coge de una mano y se adelanta mas al foro.*)

Vate. Sumo placer he encontrado
de hallaros á vos primero;
merced al buen ballestero
que á este bosque me ha guiado.
¿Dónde está la reina?

Isabel. Ahora
en ese bosque.

Vate. ¿Cuál es?

Isabel. El que llaman del marques.

Vate. No está segura, señora.

Isabel. ¿Qué decis?

Vate. Por nuestro bien
el pueblo está amotinado,
y nuestro triunfo logrado.

Isabel. ¿Y la guarnicion?

Vate. Tambien.

(*Hablan en secreto y se pasean: voces de los ojeadores por dentro.*)

Hombre 1.º A la cierva, á la cierva.

Idem 2.º Por la zanja.

(*Suena la trompa de caza: las damas y ballesteros se suben sobre las peñas á mirar.*)

Dama 1.ª ¿Podremos verla desde aqui?

Idem 2.ª Señora,
miradla, es una cierva.

Dama 1.^a Ahora, ahora.

Hombre 1.^o Al valle, al valle baja, por el río.

Dama 1.^a Mirad al hijo mío.

Idem 2.^a La va á herir el primero
si ataja por el prado,
ó no se le adelanta el ballestero.

(*Gritería en los cazadores.*)

Dama 1.^a La reina la tiró; fue la primera.

Idem 2.^a Yo dudo si el doncel la ha precedido.

Hombre 1.^o Señora, ambas saetas la han herido,
clavadas lleva dos en un costado.

Miradla, ya cayó; muere en el vado.

(*Los ojeadores, damas y ballesteros bajan corriendo y desaparecen de la escena, quedando en ella solos el Vate y doña Isabel.*)

Vate. Isabel, contad conmigo;
preciso es disimular,
hasta llegar á alcanzar
el triunfo.

Isabel. Mi buen amigo,
¿podremos ver otra vez
en el sòlio de Castilla
ocupar la regia silla
de las virtudes la prez?
Buen Vate, no abandoneis
á doña Blanca, y si ella
desoye vuestra querella
suplicárselo debeis.
Decid que Castilla llora,
que su Isabel adorada
está de llanto bañada
hasta no verla.

Vate. Señora,
que viene gente diviso.
Siento pasos, alguien es,
silencio; si es el marques
disimular es preciso.

(*Entra el marques de Villena.*)

ESCENA VII.

EL MARQUES Y DICHOS.

Marques. Guarde Dios á sus mercedes. (*Saludando.*)

Vate. Señor marques...

Marques. Vuestro encuentro
me es importante; queria
hablaros en el momento
de asuntos...

(*El marques mira como si pudiera alguien estorbarle.*)

Isabel. Si mi presencia...

Marques. Mis labios nunca quisieron
ofender...

Isabel. Voy hácia el bosque.

Marques. Señora... (*Haciendo un acatamiento.*)

Isabel. Vil, ya te entiendo. (*Aparte y vase.*)

Marques. Buen Vate, si á cazar ibais
hablaros antes deseo.

Vate. Podeis hacerlo en buen hora,
que sé guardar un secreto.

Marques. Vate, mirad lo que haceis :
sabeis que privanza tengo
con el rey; de doña Juana
soy árbitro consejero,
y que abriendo yo mis labios
toda Castilla sujeto :
nunca de vos yo podria
como vengarme ahora pnedo.

Vate. ¿ Vos vengaros? ¿ Y de qué?
¿ Imagináis que yo os temo?

Marques. ¿ De veras? Vuestra conciencia
os lo estará ya diciendo.

¿ No acabais con entusiasmo
de sublevar todo el pueblo,
vaticinando su suerte

si á reyes doblan su cuello,
y sufren la tiranía
de sus ministros perversos?

¿ Decid, Vate, no temblais?

Vate. Os repito que no tiemblo,
y si cien reyes del orbe,

y sus ministros con ellos ,
 uno á uno me retasen
 por haber hablado al pueblo ,
 lo que dije , les diria
 como en palacio en el duelo.
 Decís si tiemblo ; ¿y de qué ?
 ¿de vuestros viles proyectos
 y tiránico dominio
 con que manda vuestro imperio
 al oprimido vasallo ?

Señor marques , yo no temo
 ni de un ministro el ardid ,
 ni del verdugo el acero ,
 cuando con razon reclamo
 la libertad de mi pueblo.

Marques. Muy confiado vivís ;
 sin duda su noble esfuerzo
 os dará aliento bastante
 para triunfar.

Vate. Yo no quiero ,
 quizá como vos , marques ,
 tener tan altos deseos.

Marques. ¿Qué osais decir ?

Vate. Nada digo ,
 sino que llegó el momento
 que quizá el pueblo os enseñe ,
 ese pueblo tan opreso ,
 como puede hacer temblar
 al que le tuvo sujeto.

Marques. ¡Ese es el pago que dais
 de los títulos y empleos
 á los benéficos reyes
 que tanto os engrandecieron !

Vate. Mi estimacion y fortuna ,
 señor ministro , la debo ,
 no á la intriga , ni al acaso ,
 ni como vos , al enredo.

Marques. Reportaos.

Vate. Señor marques...

Marques. Que os reporteis , os lo ruego ,
 ó de lo contrario haré
 que vayais de aquí á un encierro.

- Vate.* Os vuelvo á decir tranquilo
que vuestro encono no temo.
- Marques.* Temereis á vuestros reyes.
- Vate.* Y vos á mí, os lo prometo.
- Marques.* Venganza os juro, el mal *Vate*;
la reina sabrá el suceso.
- Vate.* Idos con tiento, marques, (*Retirándose.*)
recordad que os odia un pueblo.

ESCENA VIII.

EL MARQUES, y despues DOÑA JUANA seguida de su co-
mitiva.

- Marques.* No he de quedar sin venganza,
que he de interponer mi ruego
con la reina, hasta que logre
corte el verdugo tu cuello.
Bella ocasion se presenta
para conseguir mi intento;
pide el pueblo que de Blanca
vuelva á las manos el cetro:
yo la adoré delirante,
y por desechar mi ruego
interpuse mi favor
con el rey para el destierro.
Así fue: logré mi triunfo,
y yo me vengué. Pues bueno,
ahora solo ya me resta
para vivir sin recelo,
sorprendiendo á doña Juana,
satisfacer mis deseos.
Pero la reina es aquella
con sus damas, según veo.
Es preciso aprovechar
estos preciosos momentos.

(*Aparece doña Juana seguida de gran comitiva, que se
quedará en lo interior del bosque hablando unos con
otros, ofreciéndose ramos de flores; y dando las
ballestas á los pages. Doña Juana se adelanta al
proscenio.*)

- Juana.* Tarde estuvísteis, por Dios,

en venir hoy á cazar.

Marques. Algo me pude atrasar ,
mas no fue en daño de vos.
Negocios me entretuvieron
que son de algun interes.

Juana. Vos me dejásteis , marques.

Marques. Deberes me lo impidieron
muy sagrados.

Juana. Bien está.

Marques. Señora , de todos modos ,
mandad que despejen todos ,
que tengo que hablaros ya.

Juana. ¿ Precisamente ?

Marques. Al momento.

Es asunto interesante ,
que urje sepais al instante.

Juana. Dejadme sola. (*A la comitiva , que se va.*)

Marques. Yo siento

teneros que interrumpir
vuestra diversion , señora ;
mas fuera de alma traidora
si yo os lo fuese á encubrir.

Juana. ¿ Hay algo ? ¿ Está interrumpida
la tranquilidad ?

Marques. No tanto ,
pero ya conoceis cuánto
puede esa plebe vendida.
Sois reina ; vuestro decoro
exige tengais rigor
para dar muerte al traidor
que soborna con el oro.
Nuestra vida á Dios le plugo
que esté siempre vacilante ;
cada vasallo es bastante
para ser nuestro verdugo.
Preciso fuera mostrar
cada vez mayor dureza ;
va en ello nuestra cabeza ,
vos lo podreis meditar.

Juana. Estráñame vuestro porte
sabiendo soy inclemente ,
que mi orgullo no consiente

mande otro alguno en mi corte.

Marques. Sí; mas en esta ocasion
preciso es sacrificar
vidas, que pueden causar
disturbios en la nacion.
Al salir vos del palacio,
el pueblo que os esperó,
segun parte se me dió,
pidiera al Vate un presagio.
Ese agorero infernal,
siempre ambicioso de gloria;
creyó alcanzar su victoria,
mas ha pensado muy mal.
Vos sois reina de Castilla,
y fuera una mengua en vos
sino diésemos los dos
la muerte á quien no se humilla.

Juana. Venganza exige mi honor,
que ultrajes yo no consiento;
quisiera en este momento
saciar todo mi furor.

Marques. Facil fuese si os dijera
quién motiva tantos males;
y con medios infernales
hollaros, reina, quisiera.

Juana. Decídmelo: ¿quién es ese?

Marques. En nada su encono aprecio;
y pues causa menosprecio,
no hay para que os interese.
Asi, pueblo, poco alcanzas,
que tu esperanza es ninguna.
Para temer, por fortuna,
son poco fuertes tus lanzas.

Juana. Pero decid, ¿quién es él?

Marques. Ya ha tiempo que os lo ocultaba,
porque insensato pensaba
fuese en decirlo cruel.
Mas ya que al punto llegamos
de pensar con fundamento,
es preciso, aunque lo siento,
descubríroslo.

Juana. Sí, vamos.

- Marques.* Dicen ser una muger
la que está al frente.
- Juana.* ¿Qué escucho?
- Marques.* Y aunque su partido es mucho,
mayor es nuestro poder.
- Juana.* Teneis razon; mas prometo
que ha de ser corta su vida.
Y esa muger fementida
¿dónde se halla?
- Marques.* Es un secreto
que no he llegado á alcanzar.
Mas si quereis encontrarla
podemos ir á buscarla,
que por fin la hemos de hallar.
- Juana.* ¿No he de querer? Al instante:
ejecutad las prisiones
de los nobles infanzones,
y de ese pueblo insultante;
dad muerte, si es que quereis,
al mismo Vate.
- Marques.* Convengo:
mas ante todo os prevengo
que vos las órdenes deis
con sigilo y precaucion,
y yéndonos á Granada,
buscando al rey, ordenada
quede ya la ejecucion.
- Juana.* Como gustéis.
- Marques.* Y ante todo
puestos en salvo los dos,
no descansar, vive Dios,
hasta reinar de otro modo.
- Juana.* Busquemos á esa muger,
que mi honor pide venganza.
- Marques.* Todo, señora, lo alcanza
cuando hay justicia, el poder.
- Juana.* Corramos toda Castilla,
si es preciso todo el mundo;
que en esto mi dicha fundo
aun mas que en mi regia silla.
- Marques.* Doña Juana, pensais bien.
El esplendor del Estado

ved que solo está cifrado
en que perezca tambien.

Juana. Vayamos pues en buen hora ,
y hasta hallarla no cesemos.

Marques. En justicia , no debemos
perdonar á esta traidora.

Juana. ¡Qué fiel me habeis sido vos!
Os doy un nuevo condado.

Marques. No, reina , estoy bien pagado ;
vuestra vida guarde Dios.

FIN DEL PRIMER ACTO.



ACTO SEGUNDO.

Portería de un convento. A la derecha del espectador una gran reja que supone dar al coro de la iglesia: á la izquierda una puerta de entrada entreabierta y otra cerrada en el fondo. Una gran lámpara colgada. Se oye llover. La hermana Gertrudis con un libro en la mano sentada en un gran sitio.

ESCENA PRIMERA.

LA HERMANA GERTRUDIS, y *Despues* DOÑA JUANA,

Gertrudis. ¡**A**labado sea el Señor!
¡Qué furiosa tempestad!
En setenta años de edad
yo no la he visto mayor.
Y una aqui sola olvidada,
sin otra hermana siquiera;
condicion de la portera,
ser de todas despreciada.
Siempre tropiezan con una
para gruñir y rabiarse,
y si llego ó contestar,
cállese, lega importuna,
y tenga de Dios temor;
de modo, que me confundo,
y estoy viviendo en el mundo
una martir del Señor.

(Se queda leyendo: óyese el rezo de las monjas, pero por cortos momentos. El viento apaga la luz de la lámpara. La hermana Gertrudis la enciende con una lamparilla de mano, que estará encendida para el efecto.)

Calla; la luz se ha apagado;
este aire de Satanás,
algun Santo está quizás

furiosamente enojado. (*La enciende.*)
 Suframos, y haya paciencia
 y cerremos el porton, (*Cierra.*)
 que cuando truena, es razon
 examinar la conciencia.
 Nadie llamará á esta hora,
 y mas estando así el día;
 hoy, en gracia de María,
 estoy hecha una rectora. (*Se sienta.*)

(*Vuelve á leer, y las monjas á su rezo. Se oye un fuerte trueno.*)

¡Virgen santa! ¡qué temblor!
 El rezar no es para mí,
 y mas estando una así,
 está visto, no hay fervor.

(*Llaman con el aldabon.*)

¿Han llamado? sí; abriremos,
 pues á dar algo lo dudo.

(*Coge la lamparilla, y se la pone delante de la cara.*)

Por si entra un rayo, me escudo
 con la lámpara. Veremos.

Juana. Hermana, la puerta abridme.

Gertrudis. Muger, ¿y viene mandando?

Mala espina me va dando;
 me huele á bruja.

(*Abre, y doña Juana desde el dintel de la puerta con un gran velo que la cubre hasta los pies.*)

Juana. Decidme:

¿dareis hospitalidad
 al caminante un momento?

Gertrudis. Lo que es dentro del convento
 será una casualidad.

Juana. Digo aqui solo.

Gertrudis. Eso sí. (*Abre.*)

Juana. Hasta que la lluvia cese;
 mirad que luego no os pese.

Gertrudis. Señora, si mando aquí.

Juana. Pnes entonces dispensad.

Gertrudis. Si estais en la portería,
 y de aquí allí toda es mia,
 cuanto querais descansad.
 ¡Qué recatada doncella,

y qué tapada que viene!
 El que se esté me conviene,
 no caiga alguna centella;
 así como así, me sobra
 el miedo. ¿Si vendrá acaso
 á tomar así de paso
 el hábito? pues la logra;
 y mas si la hacen portera
 y me dejan descansar...
 si valiera aconsejar...

Juana. Mirad, hermana, quisiera,
 mientras escampa quizás,
 me enseñaseis el convento,
 vuestras celdas y...

Gertrudis. Con tiento,
 que soy portera no mas.
 ¿No mirais, hermana en Cristo,
 que yo solo mando aqui?
 Si fuese abadesa, sí;
 todo lo hubierais ya visto;
 y mas vos, que teneis arte
 de ser honesta, señora;
 si venís á ser rectora,
 yo os afirmo por mi parte,
 y ha de constar en la historia,
 que si cesante quedaba
 de ser portera, ganaba
 en el momento la gloria.

Juana. Mal estais con vuestro empleo.

Gertrudis. No lo sabeis bien, hermana;
 se le quita á una la gana
 de servir á Dios.

Juana. Lo creo.

Gertrudis. Cuando estan así de luna,
 yo soy la misma paciència,
 pero hay dias, que en conciencia
 debiera morirse una.

Juana. ¿Y sois muchas?

Gertrudis. Ventidos.

Mañana entra una doncella;
 y habrá una mas; dicen de ella
 que es una sierva de Dios:

si os agnardaseis, mirad,
(Señalándola á la reja.)
 ¿veis aquella? la del velo,
 tiene una cara de cielo,
 y es muger de calidad;
 pues aquella ¡pobrecita!
 mañana á las diez en punto
 cuando se toque á difunto
 se quedará tamañita;
 lo mismo me pasó á mí,
 me dió un síncope, y un frío,
(Se oye el cántico de las monjas.)
 que al punto dije, Dios mio,
 ya no me mueven de aquí:
 es una cosa muy seria
 que requiere vocacion,
 y algunas sin ton ni son
 se les figura una feria.

Juana. ¿Aquí os permiten hablar?

Gertrudis. Sí señora. ¿Y por qué no?
 ¿No veis como os hablo yo?

Juana. Por eso fue el preguntar.

Gertrudis. A abriros voy al momento:
 ¿teneis aquí alguna hermana,
 ó alguna hija, sin gana
 de seguir en el convento?

Juana. No debiera yo enteraros,
 hermana lega, de mí;
 y si entré encubierta aquí
 solo fue por ocultaros
 quién era yo, pues queria
 que sin darme á conocer
 os pudiese á todas ver
 en tanto aclaraba el día,
 seguir despues mi camino,
 y llegar presto á Granada.

Gertrudis. Pues señor, quedo enterada.

Juana. ¿No lo estais?

Gertrudis. ¿Qué desatino?
 Ya no dudaré jamas;
 sois sin duda una muger
 que ha caminado por ver,

y por ver... y nada mas.

Juana. (*Descubriéndose el velo.*)
 Importuna estais; miradme,
 miradme si os diere gana,
 soy la reina doña Juana.

Gertrudis. ¡Santo cielo! perdonadme.
 (*Arrojándose á sus pies.*)

Juana. ¿Me dais entrada?

Gertrudis. Sí, sí.

Juana. Pues levantaos ya del suelo.

Gertrudis. Ay qué necia me ha hecho el cielo,
 que al veros no os conocí.
 Si me dió á mí el corazon
 que vos habiais de ser
 alguna grande muger
 desde que os vi en el porton.
 Si yo lo hubiera sabido,
 caigo en quién sois al momento.
 Voy á aturdir el convento.

(*Llamando de un esquilon que habrá en la puerta del foro.*)

Su magestad ha venido.

Juana. Al fin no pude lograr
 entrar de incógnito aquí.

Gertrudis. Es igual, señora, sí. (*Volviendo á la escena.*)
 ¿Qué me teneis que mandar?
 Como encubierta os veía...
 y como estaba tronando...
 no estrañeis... ya estan bajando,
 ya bajan... ya... ¡Virgen mia!

(*Se abre la puerta del fondo, y aparecen once monjas entre ellas la abadesa, y doña Blanca vestida de negro con un gran velo hasta los pies.*)

ESCENA II.

DICHAS, ABADESA y DOÑA BLANCA.

Abadesa. Sois vos señora. (*Se postra á sus pies.*)

Juana. Levantaos, hermanas.

Abadesa. Nos dispensais, ó reina, favor tanto.
 (*Se levanta.*)

Juana. Esa tormenta borrascosa, horrible,

á entrar en el convento me ha obligado.

Abadesa. ¿Y tan sola venís?

Juana. No, que mis guardias me esperan en el pórtico.

Abadesa. Dignaos entrar, señora, en nuestra humilde choza.

Juana. Un instante no mas, pero me es grato.

Abadesa. Venid, y el huerto os prestará manjares y las flores su olor: ya que ha pasado del cielo borrascoso la tormenta, el sol nos presta su lucir mas claro.

Juana. Con gusto acepto vuestra fina oferta.

Abadesa. Venid, hermanas, á besar sus manos.

Gertrudis. Si vuestra magestad no se ofendiese, deseo antes que todas el besaros y pidiros perdon. (*La besa la mano.*)

Juana. No me ofendiste; y mas lo hubieras hecho si faltando á las reglas que aqui deben regiros, hubiéralas perjura quebrantado.

(*Van besándola sucesivamente hasta llegar doña Blanca.*)

Blanca. Aunque triste muger abandonada, tambien, señora, os besaré las manos; sois reina de Castilla, y á vos sola como á reina debemos acataros.

(*La besa sin quitarse el velo.*)

Juana. ¿Con velo me besais?

Blanca. ¡Ah! permitidme que al decoro debido haya faltado; está mi rostro ajado con las penas, y mis ojos marchitos con el llanto; dispensadme, señora.

Juana. ¡Qué consuelo inspira vuestro acento desgraciado! Esa voz, vuestro llanto, todo á un tiempo inspira un interes; ¿pudiera acaso saber de vuestras penas el motivo?

Blanca. Saberlo, sí, podeis; no remediarlo.

Juana. Grande es vuestra afliccion.

Blanca. Señora, es tanta, que sería aflijiros si mis labios se abriesen una vez para decilla;

- asi es , que siempre mis pesares callo.
- Juana.* No solo la afliccion fue reservada para aquel que aparece desgraciado , tal vez hay mayor pena tras del brillo , y al través de la púrpura y el manto.
- Blanca.* Pero vos sois dichosa , siendo reina , y esposa de un monarca , que á su lado crecerán vuestros goces. (*Llora.*)
- Juana.* ¡ Ah ! mil veces podeis feliz llamarme... ¿ Mas qué llanto es ese que verteis ?
- Blanca.* Soy desgraciada , y al veros tan feliz , triste comparo mi suerte con la vuestra.
- Juana.* Saber quiero quién sois.
- Blanca.* Señora , por piedad dejadlo. No queráis escuchar cuitas amargas de una infeliz , en vez de los halagos que estais acostumbrada que os tributen. Permitidme callar.
- Juana.* ¡ Ah ! no me es dado mostrarme indiferente á vuestras penas.
- Blanca.* Este lugar , mis lágrimas , este hábito no me permiten recordar , señora , la causa de mi mal.
- Juana.* Solas dejadnos un instante no mas , buenas hermanas.
- Abadesa.* Señora... (*Hace un acatamiento , y se retira seguida de las monjas.*)
- Gertrudis.* (*Al salir y cierra.*) Dije bien , me han jubilado.

ESCENA III.

BLANCA y DOÑA JUANA.

- Juana.* Solas estamos las dos , nadie nos oye , señora.
- Blanca.* El pesar que me devora no es para decirle á vos.
- Juana.* Si á la par sois desdichada

como pienso sereis bella,
 vuestra cuitada querella
 debe de ser estremada;
 soy la reina, bien podeis
 hallar en mí algun consuelo.

Blanca. Nunca en vos: ¡ah! solo el cielo
 sabe mis penas.

Juana. ¿Quereis
 encubrírmelas quizás
 por una oculta razon?

Blanca. Cuando sufre el corazon,
 señora, padece mas
 al recordar sus tormentos;
 mas si mi queja os cautiva,
 aunque seais compasiva,
 mis agitados lamentos
 han de causar vuestro enojo,
 y ya presiento en mi frente
 marcado el sudor ardiente
 del pesar y del sonrojo.
 Pero por fin sois muger,
 habreis quizá padecido
 un solo instante perdido
 entre el goce y el placer.
 Asi tendreis compasion
 del desgraciado, ¿es verdad?
 ¿Quién podrá con impiedad
 lacerar un corazon?
 ¿Ver llorosa de pesar
 á una muger desgraciada
 y no sentirse apiadada
 de su llanto y su penar?
 ¿Quién habrá tan inhumano
 que al infortunio sonría?
 ¿No es verdad?

Juana. Nadie, hija mia,
 goza un placer tan insano.
 Aun vuestras penas no sé,
 y ya me aqueja un tormento
 que escita mi sentimiento
 y me conmueve.

Blanca. ¿Por qué

sentir así mis dolores?
 No me mireis indulgente,
 que si yo soy inocente
 mi mal causaron amores,
 y en medio de mi amargura
 siento aquí dentro del seno
 un placer, dulce veneno
 que templó mi desventura.
 Yo era querida, y el cielo
 en lazo estrecho me unió
 con el que siempre adoró
 mi corazón con desvelo.

Juana.

Blanca.

¿Luego sois casada?

¿Y qué

no he de amarle siendo mío?

¿No ha de ser mi desvarío
 tan ciego como mi fé?

Amarle era mi deber,
 su rostro ¡ay Dios! mi ilusión.

¿Por qué el cielo sin razón
 me rechazó del placer?

Por él la vida pasaba
 en un Edén, y creía

que aun más quererle podría,
 ingrato... le idolatraba.

Era su amor un consuelo
 que alimentaba mi vida,
 y así viví adormecida

con más placer que en el cielo,

porque es un goce el amor
 tan fugaz como lo es bello,

es de la gloria un destello
 que dió al hombre su Hacedor.

¿Quién ¡ay triste! me diría
 al verme de él adorada,
 hubiera ser despreciada
 del que tanto me quería?

Juana.

Para callar la aflicción
 olvidaos de su desden.

Blanca.

No, reina, no, os dije bien
 que no mueve á compasión
 mis desgracias ni mi llanto.

Juana. ¿Qué decís?

Blanca. Que es importuno
referiros uno á uno
tanto pesar y quebranto.
Sois como reina, feliz,
y como muger sentida.
¿A qué quereis de mi vida
saber el curso infeliz?
Ya sabeis que soy esposa
de un amante engañador;
dejad me entregue al dolor,
no me exijais otra cosa.

(*Echa á andar, y la reina la detiene.*)

Juana. Aguardad, niña encubierta:
decidme vuestro quebranto,
que ese tan amargo llanto
inmóvil me deja y yerta.

Blanca. Paso un momento cruel
al recordar mi amargura.

Juana. No os agiteis, criatura,
que no es mi seno de hiel;
viendo llorar por amores
tambien se escita mi lloro,
que al darme Dios un tesoro
dióme con él mil temores.
Hasta las heces probé
de amor la copa engañosa;
su ponzoña venenosa
con ansiedad apuré;
y este era un sueño real
que era mi vida; y el cielo
trocó en llanto mi consuelo
por una odiosa rival.

Voy en su busca, pues quiero
mi justo encono saciar.
Ya que causó mi pesar
sufra el filo del acero.
Sabed que mi antecesora,
infame y torpe muger,
pretende al sόlio volver
vertiendo sangre.

Blanca. (*Sobresaltada.*) Señora,



puede ser una impostura:
¡imposible! siempre ha sido
de un corazon tan sentido
como de alma limpia y pura:
estais, oh reina, engañada.

Juana.

¡Infeliz! ¡ah! no lo estoy;
pronto á descubriros voy
que no vivo alucinada:
si supierais quien es ella...

Blanca.

¡Dios mio! (*Aparte.*)

Juana.

Voy á buscarla
de extremo á extremo, y mostrarla
de Castilla la querella;
de su prestigio orgullosa
alucina al castellano,
y tiéndele amiga mano
con intencion sediciosa.
Mas ¡ay triste, cuál se engaña!
pronto cederá su arrojo:
no ha de valerla su enojo
ni me intimida su saña.

Blanca.

¿Pues qué os hizo? ¿Qué pretende?
Enojada estais, por Dios.

Juana.

Una sola de las dos
ha de vivir.

Blanca.

Si depende
esa venganza no mas
de una enemistad, señora,
alguna lengua traidora
la habrá injuriado quizás.

Juana.

¿Sabeis qué os digo? Me agita
que ese interes os tomeis
por doña Blanca.

Blanca.

¿Quereis...

Juana.

Que no su nombre repita
vuestro labio sin odiarla.

Blanca.

Imposible: no he de hacerlo.

Juana.

¿Qué decís?

Blanca.

¿Sin merecerlo
pensais que puedo injuriarla?

Juana.

¿Y osais ante mí, señora,
su memoria respetar,

y así á la reina injuriar
por otra reina traidora?

Blanca. ¿Traidora? no; no lo es tal.

Reina, quizá os engañais.

Juana. Religiosa, á decir vais
vuestro nombre.

Blanca. Pedís mal,
mi nombre no os lo diré.

Juana. Pues descubrid ese velo.
Lo mando.

Blanca. Vuestro recelo
muy pronto satisfaré,
pero tened entendido
que si cual sierva obedezco,
en ello, reina, os ofrezco
un homenaje indebido.

Juana. ¿Me conocéis?

Blanca. Demasiado.

Juana. ¿Y así á una reina se insulta?

Blanca. Vuestro language mi indulta
si al decoro os he faltado.

Juana. Bastante sois criminal.

(Intentando quitársele, y doña Blanca se descubre.)

Fuera ese velo.

Blanca. Miradme,
soy doña Blanca.

Juana. Dejadme.

¡Cielos!

Blanca. Yo soy.

Juana. ¡Mi rival!

Y en un convento, perjura.

Blanca. Mañana seré de Dios,
ya que inhumanos los dos
causasteis mi desventura.

Juana. No habeis de serlo, lo juro;
que he de saciar mi venganza.

Blanca. Vuestro poder nada alcanza
contra el Dios supremo y puro.
¿Aquí en un claustro encerrada
qué temeis, reina, de mí?

Juana. Pues qué, ¿osareis aun aquí
verme de vos humillada?

Blanca. Vivid dichosa en la silla
que cifra vuestro tesoro,
que el ser reina es un desdoro
como vos sois de Castilla.
No os envidio vuestro fausto
ni vuestra púrpura real,
que hay una vida inmortal
do no sube el holocausto
que vil corazon tributa.

Juana. Blanca, callad.

Blanca. No me es dado.

Juana. Vuestro insulto es estremado.

Blanca. No ese lenguaje me inmuta,
que estoy, ó reina, inocente.

Juana. Impostora.

Blanca. No lo he sido.

Juana. Vuestros planes he sabido.

Blanca. Ese vuestro labio miente.
¿Cuando otro cetro mejor
debiera ceñir mi mano,
y desprecié el goce insano
de su brillo engañador,
pensais que anhelo mandar
desde un trono ya manchado?
Este sayal que me han dado
le estimó mas que el reinar.

Juana. Teneis en poco la vida,
Blanca, si asi me insultais.

Blanca. Aunque en el trono os hallais
tambien fuí reina y temida.

Juana. Deponed orgullo tanto,
y no esciteis mi venganza.

Blanca. Puse en Dios mi confianza,
y no desoirá mi llanto.

Juana. Pues confiad en él ora
demandándole piedad.

Blanca, con Dios os quedad.

(*Se retira furiosa por la puerta que da á la calle.*)

Blanca. El cielo os guarde, señora.

ESCENA IV.

BLANCA, y despues EL MARQUES DE VILLENA.

Blanca. Dios mio, tú que en el cielo
con tu bondad infinita
eres del hombre el consuelo,
vuélveme tú faz bendita,
y mira mi desconsuelo.
Cetro y corona me diste
que ciñó humilde mi sien,
y pues que tú lo quisiste,
mas que lágrimas, un bien
al quitármela me diste.
Para vos es el reinar,
que sois el rey de los reyes,
y para justos mandar
bastára ¡oh Dios! vuestras leyes
en tierra, cielos y mar.
Pero ¡oh Dios mio! no es ella
la que mis penas causó,
otro ha sido; y mi querella
no me la recuerdes, no,
madre de Dios pura y bella.
Cruel marques, mi memoria
te ha de servir de tormento;
pero no, que esa es tu gloria
ser del crimen instrumento,
horrible, como tu historia.

(*Entra el marques de Villena.*)

Marques. ¿Blanca?

Blanca. ¡Dios mio! ¿Sois vos?

Respetad esta clausura.

Marques. Vos me obligasteis, perjura,
á quebrantarla.

Blanca. ¡Gran Dios!

(*Quiere huir, y el marques la detiene.*)

Marques. ¡Aun esquivais mi presencia!

Blanca. ¿Y os atreveis á buscarme?

Marques. Debeis ¡oh Blanca! escucharme:
esperad; ¡qué dura ausencia,
qué padecer tan cruel

es el no veros, señora!

Blanca. Calle esa lengua traidora.

Marques. Jamas ha sido de hiel
mi corazon, vive Dios.

Blanca. Nuevo impostor, ¿qué quereis?

Marques. Que vida ó muerte me deis
si amarme no quereis vos.

Blanca. ¡Amaros yo! ¿qué pensais?

Marques. Que sereis reina á mi lado,
que el furor que os he mostrado
cederá al punto...

Blanca. ¿Callais?

Marques. Vereis que Castilla entera
os recibe entusiasmada,
y que sereis respetada
como reina verdadera.
¿Qué puedo ofreceros mas?
Quereis mi vida, tomadla.

Blanca. Gracias, marques, conservadla,
pero amaros yo jamas.

Marques. Llegué ya, Blanca, al extremo
de una pasion vigorosa,
y cada vez mas fogosa
temedla como la temo.

Blanca. ¿Yo he de temeros? ¿por qué?

Marques. Mirad que puedo vengarme.

Blanca. El Señor sabrá ampararme
de un hombre inicuo y sin fé.
Tenga puro el corazon,
que no me arredra un villano.

Marques. Temereis al castellano,
que hace temblar la nacion.

Blanca. El que no falta á los reyes,
no los teme, no, marques.

Marques. ¿Y no faltasteis...?

Blanca. ¿Cuál es
mi delito ante las leyes?

Marques. Ó mi cariño aceptad
con el trono, ó de otra suerte
Castilla os dará la muerte
como á traidora.

Blanca. ¡Oh! callad,

me injuriais, pero no os temo;
saciaréis vuestra venganza,
mas nada conmigo alcanza
de ese rigor el extremo.

Marques. Sabed que á Granada vamos
de don Enrique á impetrar
vuestra muerte, y que á triunfar
del castellano marchamos.

Blanca. Seguid vuestra marcha pues,
y anunciadle que aquí estoy,
y que á entregarme á Dios voy
hasta que muera, marques.

Marques. No he de consentir, lo juro,
que vivais tranquila, no;
y morireis, cuando yo
no halle tormento mas duro.
¿Sabeis que soy de la ley
el dictador, y Castilla
ante mi poder se humilla,
y me acata mas que al rey?
Si estimaseis vuestra vida
y mi cariño tambien,
ciñerais presto en la sien
vuestra corona perdida.

Blanca. Yo os la desprecio, villano,
que para ser reina yo
no he necesitado, no,
la intriga de un cortesano.
Y aunque repudiada estoy
por vuestra vil seduccion,
sabe muy bien la nacion
que fuí su reina, y lo soy.

Marques. ¿Lo habeis pensado?

Blanca. Malvado,
¿podria en ello dudar?

Marques. ¿No os quereis, reina, apiadar
de un hombre ya apasionado?

Blanca. No; vuestros labios sellad,
que es impuro vuestro aliento;
partid, y de este convento
la clausura respetad.

Marques. ¿Asi me arrojais de vos

sin temor de mi venganza?

Blanca. Pues nada con vos se alcanza,
vil marques, quedaos con Dios.

(Echa á andar por la puerta que da al coro, y cierra.)

Marques. Blanca, con él os quedad,
pero tened entendido
que sé vengarme ofendido
como se venga un audaz.

(Se retira furioso por la puerta de la izquierda, cerrando con impetu la puerta.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.



Segundo Cuadro.

Huerto de monjas ; aparecen unas colocando frutas en canastos , otras paseándose con libros en la mano , entre ellas la abadesa y la hermana Gertrudis ; dos monjas con arpas , una enfrente de otra , sentadas en bancos de piedra.

ESCENA V.

LA ABADESA , GERTRUDIS , y MONJAS que cantan.

*Duo. Virgen purísima ,
madre de amor ,
oye benigna
mi triste voz.*

*Voz sola. Humilde os implora
mi acento angustiado ,
ó dulce señora ,
mi eterno perdon.
Ingrata á tu celo ,
pequé yo insensata ;
tened desde el cielo
de mi compasion.*

Duo. Virgen purísima &c.

Gertrudis. Madre , ¿ sabe lo que la digo ? si tomára mi consejo , una vez que ya tenemos dispuestos los odorosos ramos que hemos de ofrecer á la reina , maldito si no la acertábamos con irnos á escuchar la conversacion que tiene nuestra próxima hermana con S. M.

Abadesa. Hermana , haga sus ramos , pasee ó diviértase en lo que mas la plazca , y no intente indagar secretos que nada la va en ellos.

Gertrudis. Es verdad , pero como van sucediendo ya

cosas tan raras con la hermana Blanca, no puede menos de movérsele á una la curiosidad. Ayer mismo, estando yo en la portería barriendo y limpiando la lámpara, acertó á pasar por allí, cuando dije que desaria ser reina de Castilla para que se lo diesen á una todo hecho: infeliz, me contestó, tú no sabes lo que te has dicho; y me echó una mirada tan lúgubre y misteriosa, que todo el dia me dió en que pensar.

Abadesa. La hermana que mañana va á tomar el hábito de San Benito, es una sierva del Señor, y bien ha manifestado su verdadera vocacion en los quince dias que ha llevado de santos ejercicios.

Gertrudis. Eso es verdad, madre, pero su reverendísima no estrañará que le choquen á una ciertas cosas. A fé á fé que cuando yo vine de Segovia para entrar en el convento, la dije de quién era hija, los años que tenia, de dónde era, y á su reverendísima aun la parecía poco, y nuestra hermana Blanca no ha tenido necesidad de nada de eso; se presentó diciendo que era una desgraciada, y aquel mismo dia repartió entre los pobres mas de veinte escudos de oro; si esto es ser desgraciada venga Dios y véalo.

Abadesa. Y qué, ¿esa riqueza no podia quizá ser la causa de su desgracia? Pues sepa, hermana lega, que la sierva de Dios que va á ser mañana compañera nuestra, no tiene apariencias de otra cosa que de ser alguna señora ilustre y bien nacida, á quien tal vez los vaivenes de la suerte la hayan hecho abandonar sus hogares, ó impelida de la desgracia, busque en el retiro y la soledad la verdadera paz de su alma.

Gertrudis. Yo nada digo; pero como se presentó con el rostro tapado, y no se sabia quién, ni de dónde era, y luego como parece que á la reina no la es del todo desconocida, se me antoja á mí que esa muger tiene que dar que decir mucho en este mundo.

Abadesa. No diga necedades, hermana Gertrudis; cuide de sí y de su alma, sin fundar malas sospechas de nadie, pues el cielo puede castigarla.

Gertrudis. Eso sí que no he de dudarle, porque pue-
do asegurarla á su reverendísima que hace tiempo
que Dios no me habia castigado tanto el pecado de
curiosidad como á la presente. Frita me tiene ya
el no estar escuchando la conversacion que tendrán
las dos en mi portería... pero calla... sino me en-
gaño, aquella es la hermana Blanca que baja por
las escaleras que dan al huerto... y viene sola, y
con el velo levantado... parece que baja sobresal-
tada... ¡qué encendida que trae la cara! ¿Si habrá
regañado con la reina por aquello que la dijo del
velo? Lo ve, madre, ya empieza á dar que decir.

ESCENA VI.

DICHAS y DOÑA BLANCA.

Abadesa. ¿Y la reina?

Blanca. Ya ha partido.

Abadesa. Vuestra tardanza estrañe;
pero aun mas lo siento á fé
no haberla yo despedido.

(Todas las monjas rodean á doña Blanca y dejan sus labores.)

Blanca. Guíela próspero el cielo
hasta encontrar á su esposo,
y déjeme en mi reposo,
que aqui encuentre mi consuelo.

Abadesa. ¿Turbada estais?

Blanca. Madre, sí.

Abadesa. Si al mundo os llaman, hermana...

Blanca. Dadme el hábito hoy.

Abadesa. Mañana.

Blanca. Ya no me arrancan de aqui.
No temo, no, bajo el manto
de la Virgen santa y pura;
que el retiro y la clausura
mitigarán mi quebranto.

Abadesa. Aquí del mundo lejana
y libre de sus engaños,
serán de paz vuestros años,
y en santa muerte mañana

dareis vuestra alma al Señor
pura y limpia de pecado,
y allá en el mundo ignorado
disfrutareis sin temor.

Blanca. Asi en la Virgen confio
cuya proteccion imploro;
en ella miro el tesoro
y el remedio al daño mio.
Merced á vos, abadesa,
que tan compasiva estais
que á darme el hábito vais
que la religion profesa.

Abadesa. Me interesó vuestro estado,
y aunque ignoro quién seais,
la vocacion que mostrais
y vuestro porte ha bastado.
Aquél Dios que os inspiró
el retiro y la oracion,
miró solo el corazon,
vos sabreis si le engañó.

Blanca. ¡Ah! madre, no, por piedad;
mi promesa és verdadera,
y con fé pura y sincera
oyó el cielo mi verdad.
Harto en el mundo he llorado;
(*Mirando al cielo.*)
bien lo sabeis, madre mia,
bien sabeis que noche y dia
de padecer no he cesado;
por eso el mundo aborrezco,
por eso ¡oh madre amorosa! (*Se arrodilla.*)
arrepentida y llorosa
mi corazon os ofrezco.

Abadesa. Vuestra voz escuche el cielo,
(*La pone una mano sobre la cabeza.*)
y os eche su bendicion.
Venid, y allí en oracion
pidireis á Dios consuelo.

(*Se levanta y echa á andar cogida de una mano por la abadesa: se oye tocar un clarin muy distante.*)
Lejano se oye un clarin;
será de la reina acaso,

ó alguna tropa que al paso
recíbela con festin.

Gertrudis. Ó puede que partidarios
de don Enrique quizás,
al pasar un bosque, zas,
se encuentren sus adversarios,
y...

(Se vuelve á oír el clarín y ruido lejano de armas y voces.)

Abadesa. Otra vez sordo rumor
de espadas y gritería.

(Óyese ruido como de echar abajo una puerta.)
¡Qué golpes dan!

Varias. ¡Madre mia!

(Aparece Enrique IV: las monjas huyen despavoridas, menos doña Blanca, que se echa el velo.)

Blanca. ¡Un guerrero!

Gertrudis. ¡Qué temblor! *(Huye.)*

ESCENA VII.

ENRIQUE y BLANCA.

Rey. No huyais, religiosas, no,
que no vengo en vuestro daño.

(La reina abre la verja para que entre, y despues la cierra.)

Blanca. La voz del rey... no me engaño,
él es, mi esposo. Sí; yo
diré que soy...

Rey. Religiosa,
amparadme, soy el rey,
á quien persigue una grey
de gente armada, alevosa.
Sé que en refugiarme, sí,
quebranto una ley del cielo;
¿mas qué he de hacer, si recelo
que aun me persiguen aquí?

Blanca. ¿Y quién ha osado, señor,
perseguiros, inhumano,
que no pereció el villano
al sublevarse traidor?

Rey.

Sabeis que en abril florido
de Granada á los vergeles,
partí para hallar laureles
de valor santo impelido.
Vi los infieles postrados
en cien batallas ganadas;
mis sienes ya laureadas,
y ellos de luchar causados.
Próximo á entrar en Granada
con mi ejército triunfante
la voz de, viva el infante
don Alfonso, es proclamada:
y mi ejército gritaba
por doña Blanca y por él;
algun partidario fiel
me seguia, y yo escapaba:
á Cuenca me dirigia
con muy pocos de los fieles;
se sublevan los infieles;
huyo y me escapo sin guia.
Mi salvacion vi ya cierta
cuando esta cerca encontré,
que á pocos golpes logré
echar abajo la puerta.
Esta es mi historia, señora,
y á no refugiarme aquí,
hubiéranme muerto, sí,
con mano aleve y traidora.

(Se oye ruido de espadas y algunas voces, pero muy instantáneas.)

¿Oís? ¿oís? ellos son.

Blanca. No temais, no, por piedad;
yo os ocultaré, callad;
os llevaré al torreón
á escura estancia escondida;
y allí estaré muy gustosa
como pudiera una esposa
cuidando de vuestra vida.

Rey. Ya no escucho ese rumor.

Blanca. No os han visto, se habrán ido.

Rey. Esperad. (Observando.)

Blanca. Habrán seguido

sin detenerse, señor.

Rey. ¡Cómo ha de ser! Quiera el cielo
mi conciencia iluminar
para que pueda mandar
sin zozobras ni recelo. (*Vuelve á escuchar.*)
Ya que veloces huyeron
podré tranquilo salir.

Blanca. Aun es muy pronto el partir,
y no debeis...

Rey. Ya se fueron.

Tenga el gusto de saber
á quién mi vida he debido,
que soy rey y agradecido.

Blanca. El respeto y mi deber
me obligan...

Rey. ¿Cómo os llamais?

Blanca. ¿Quereis os diga mi nombre?

Rey. Lo deseo.

Blanca. No os asombre
si al decirlo os disgustais.

Rey. Al contrario; el alma mia
ha de gozar de un consuelo.

Blanca. Pues me llamo Blanca.

Rey. ¡Oh cielo!

Blanca. Del Corazon de María.

Rey. ¿Blanca decís?

Blanca. Sí señor.

Rey. ¡Qué dulce nombre teneis!
Así se llamaba...

Blanca. ¿Veis?

Rey. La que fue todo mi amor.

¡Infeliz! ¿dónde estará?

Si la viese aun la amaria.

(*Doña Blanca se quita el velo, y se arroja á sus brazos.*)

Blanca. Pues áname.

Rey. ¡Esposa mia! (*Pausa.*)

¿Eras tú? No temo ya.

¿Tú en mis brazos estrechada?

¡Dios mio!

Blanca. Sí; mírame.

Rey. ¿Me engañas?

Blanca. Siempre te amé.

Rey.

Estás muy bella, enlutada.

Blanca.

Mal me has pagado, amador;
 tú me olvidaste, y te adoro,
 y hubiera dado un tesoro
 por el fuego de tu amor:
 déjame, Enrique, gozar
 de un momento de dulzura,
 ya que en mi triste amargura
 por siempre me has de dejar.

Rey.

No, bien mio, ven conmigo;
 ven, tranquiliza á Castilla,
 y ocupa la regia silla
 de la que infame enemigo
 te lanzó para mi muerte;
 ven, que dichosos seremos,
 y de tu amor los estremos
 han de cifrar nuestra suerte.

Blanca.

¿Es verdad que serás mio?
 ¿Será posible? No, no,
 ó tú me engañas, ó yo
 me entrego á mi desvarío.

Pensando en tí era un gozar
 como la ilusion de un sueño,
 que adormece cual beleño,
 y es mas triste al despertar
 de tan fantástico ensueño.

Para mí no hubo placeres
 sin verte á tí, mi ilusion,
 y aunque no fuera razon,
 mas que todas las mugeres
 te amaba mi corazon.

Rey.

Y yo esposo y tierno amante,
 te juro que este momento
 fija mi amor inconstante,
 amor que en mi pecho siento
 azaroso y palpitante.

Es un volcan, no es amor,
 es una llama que abrasa,
 y con punzante dolor
 penetra el alma y traspasa
 como un rayo abrasador.

Y en este goce real

me enloquece tu hermosura,
tu sonrisa angelical,
que no eres tú criatura,
sino un angel celestial.

Blanca. ¡Ah! don Enrique, dejad
que me estreche en tu regazo.

Rey. Ven y descansa en mi brazo.

Voz dent. Los mas osados entrad.

Blanca. ¡Cielo santo! ¿Serán ellos?
Huyamos.

Rey. No; que mi acero
sabré esgrimir caballero,
hasta morir ó vencellos.

*(Entran cuatro enmascarados partidarios del marques
de Villena, forzando la verja.)*

ESCENA VIII.

DICHOS, y HOMBRÉS 1.º y 2.º

Rey. ¿A quién buskais?

Hombre 1.º No es á vos.

¿Sois doña Blanca?

Blanca. Yo soy.

¿Me buskais á mí? ya voy. *(Adelantándose.)*

Hombre 2.º Asegurad á los dos.

*(El rey se bate; dos de ellos se defienden para dar
lugar á que los otros dos aseguren á doña Blanca.)*

Rey. Tened, canalla insolente;
saciad en mí ese furor,
que si tuvieseis honor,
os batierais frente á frente.

Hombre 1.º No buscamos vuestra muerte.

Lleváosla. *(A los que la estan atando.)*

Rey. ¿Qué es lo que haceis?

(Queriéndolo impedir.)

Hombre 1.º Lleváosla presto.

Rey. Quereis... *(Le desarmon.)*

Hombre 1.º Atadle al tronco mas fuerte.

*(Le atan á uno de los árboles del huerto; los otros dos
conducen á doña Blanca, que se resiste.)*

Blanca. ¿Dónde me llevan, mi bien?

¡Qué inhumanos!

Rey.

¡Ay de mí!

Blanca.

¿No te traen conmigo? di.

Rey.

Canalla.

Blanca.

Mi Enrique, ven.

Soltad al rey, ¡oh! soltadle. (*A ellos.*)

Hombre 1.º

¡El rey don Enrique vos!

Rey.

Mirad mis armas.

Hombre 2.º

¡Gran Dios! (*Reconociéndole.*)

Hombre 1.º

Llevaos la monja.

Blanca.

Dejadle.

¿Pues qué no viene conmigo?

¿Quiénes sois? ¡Esposo amado!

Rey.

Ya de mí la han separado:

cielos, mi suerte maldigo.

(*Queda atado al árbol.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.



ACTO TERCERO.

Antecámara del rey con vista á una galería, por donde se dejan ver durante la primera escena dos camareros del rey, y distintos personajes que van de paso. Otras dos puertas laterales, y una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

MOLINA y PELAEZ.

Pelaez. **E**n verdad, amigo don Pelaez, que es vida bien aperreada la que traemos los cortesanos.

Molina. Decís bien; para nosotros no hay libertad: todos nuestros goces consisten en tener contentos á los reyes para no decaer de su gracia.

Pelaez. Hoy, por ejemplo, hubiérame holgado mas de haber recorrido las calles, admirando las vistosas colgaduras y suntuosos arcos con que se ha solemnizado la venida de la reina doña Juana, que no estar esperando á que concluya el rey de dar audiencia para entregarle este pliego. Mas vos, que habeis podido enteraros mejor, podeis contármelo todo.

Molina. Por lo que hace al lujo y brillantez con que se ha solemnizado difícil fuera encarecéroslo; pero tanta ostentacion, mas ha sido por complacer al rey, que no por obsequiar á doña Juana y á los que con ella veniamos; y puesto que ya tocamos este punto, quiero referiros las diversas voces que se han esparcido.

Pelaez. Decídmelas en buen hora; mas apartémonos un poco hácia este lado, y asi podremos hablar con mas libertad.

Molina. Se dice que el haber venido la reina, ha sido por una insurreccion que levantó en Cuenca el

Vate favorito del rey; dícese tambien que fue mandado decapitar con cien nobles de los mas descontentadizos, y peor avenidos; por cuyo incidente, y el disgusto que ha ocasionado á Castilla semejante disposicion, háse levantado esta proclamando á la destronada doña Blanca como á su reina y legítima soberana.

Pelaez. ¡Qué necedad! y vos os habreis creido ese cuento como si hubieseis estado oyéndolo de la boca de un profeta.

Molina. No puedo afirmaros la verdad; mas lo que sé deciros es que tanto la reina como el marques de Villena no han venido sin objeto en busca de nuestro rey.

Pelaez. Eso es otra cosa.

Molina. Todavía puedo deciros mas; hay quien asegura que cuando dias pasados se sublevaron dos tercios del ejército del rey, proclamando á su hermano don Alfonso, fue por intriga y seducion del mismo marques, y que él fue quien le persiguió hasta internarse en un bosque, donde no pudieron ya alcanzarle.

Pelaez. Nada puedo contestaros; mas en un reino en que luchan tantos partidos, es muy consiguiente que cada uno esparza voces en favor suyo. Ayer mismo oí decir que el rey iba á volver á su tálamo real á la destronada doña Blanca, y aun hubo quien aseguró haberle ya visto con ella en una choza de pastores, ó en una huerta de las monjas de San Benito. Esto lo oí aqui mismo á dos gentiles hombres, que á poco rato entraron á hablar con el rey. Mas en los palacios todos son chismes y hablillas; asi que lo mejor es oir á todos, y no contestar á ninguno.

Molina. Teneis razon; pero advertid que se va haciendo ya tarde, y que puede el rey haber concluido.

Pelaez. No decís mal. (*Se aproxima á la puerta del fondo. Uno de los camareros anuncia: "S. M. ha suspendido la audiencia:" vuelve á la escena.*) ¿Habeis oido? S. M. ha suspendido la audiencia.

Molina. En verdad que ha sido el mejor medio que

ha podido tomar, pues de lo contrario no creo se hubiese concluido tan pronto, segun era el concurso de pretendientes.

Pelaez. Siento pasos; veamos; S. M. llega.

(Se colocan cerca de la puerta del fondo, y al salir le entrega el pliego.)

Rey. *(Cogiéndole.)* Bien está. Necesito estar solo.

ESCENA II.

EL REY. *Despues* DOÑA JUANA.

Rey.

Seis años ha que en afanosa guerra
mi edad consumo; y mis felices años
como leve vapor desaparecieron,
y mis placeres marchitó el quebranto.
Tarde, muy tarde conocí mi yerro,
si yerra alguna vez el que engañado
deposita su amor, su confianza,
en quien pagó con triste desengaño.
¡Suerte infeliz! mi esposa engañadora
unió su crimen con su vil privado,
y mientras estoy en sanguinaria guerra
de cien batallas obteniendo lauros,
ellos en tanto de mi trono augusto
los reyes son para su bien tiranos.
Mas no es aun tarde, que piadoso el cielo
mi ofuscada razon ha iluminado;
conózcolos traidores; de este pliego
(Abriéndole.)

el contenido sé, no hay que mirallo.

(Despues de pasarle una rápida mirada lo deja sobre la mesa.)

Bien haya de Castilla la nobleza
y lealtad del pueblo castellano. *(Se sienta.)*
¡Ó mísera muger! Blanca inocente,
cuál te recuerda tu consorte amado;
sufriendo estoy mis desaciertos ora;
mi cariño, ó muger, yo te consagro.
Dia fatal cuando insolente chusma
de mí te separó; permita el hado
pueda saciar mi indignacion en ellos,

- y estrecharme otra vez en tu regazo.
Juana. Guarde el cielo al lidiador
mas esforzado y valiente,
al monarca mas clemente
que es de los reyes honor.
Rey. Tambien, doña Juana, á vos,
que sois de reinas modelo:
sentaos, señora.
Juana. En el cielo
os dé el justo premio Dios. (*Se sientan.*)
Estareis cansado á fé;
acabais de dar audiencia,
y es sobrada impertinencia
estar dos horas en pie.
Rey. Teneis razon; sin embargo,
la justicia y aun las leyes
mandan tambien á los reyes
desempeñar este cargo.
Juana. Paciencia hubiera tener
el rey que atendiese á tantos
que con fingidos quebrantos
adulan para obtener.
Rey. Y tambien hay que escuchar (*Con ironia.*)
razon que acaso estremece.
Juana. Nadie cual yo se enternece
cuando no puedo aliviar
la suerte del desgraciado:
mas al fin ¡cómo ha de ser!
sujeto está á padecer
como el siervo el potentado.
Rey. No me entendeis, doña Juana; (*Con ironia.*)
os he dicho, á mi pesar,
que hay razones que escuchar,
que se oyen de mala gana.
Juana. Verdad es; y hay que sufrir
si dan con rey bondadoso
como sois vos:
Rey. Y es forzoso
sus quejas no desoir;
porque quizás llega un dia
en que á un rey que está vendido,
llega un vasallo advertido,

y... ¿no entendeis todavía?

Juana. ¡Qué aspecto! Yo, no os entiendo.

Rey. (Cogiendo el pliego.) Para excusar de razones
os leeré estos renglones,
y juzgareis...

Juana. No os comprendo,

Rey. Como de Cuenca venís
para pedirme merced,
os figurásteis tal vez
que era el mismo...

Juana. ¿Qué decís?

(Con sorpresa.)

Rey. Nada digo: de Granada
en estos campos, señora,
pensais que todo se ignora,
y venís muy confiada:
mas el cielo os preparó
un desengaño funesto.

Juana. Pero Dios mio, ¿qué es esto?
¿En qué os he ofendido yo?
Estraño tal proceder
con la que adorásteis tanto,
que fue su voz vuestro encanto.

Rey. E inicuo su proceder.

Juana. ¿El mio?

Rey. El vuestro, sí.

Juana. ¡Cielos!

¿Dudais de mí, por ventura,
de mi amor?

Rey. Fuera locura
hablaros, reina, de zelos.

Juana. ¿Ó quizás algun traidor,
ambicioso de la gloria,
ha cifrado su victoria
en ser falso delator?

Rey. No es delator el que puso
este papel en mis manos,
ni jamas fueron villanos
los que suscriben.

Juana. Difuso

estais por demas; traed.

Rey. Mirad sus firmas primero,

(Mostrándola el pliego.)

¿Veis la de algun caballero
que sin ser noble...?

Juana.

Leed.

Rey.

Su distinguida nobleza
me da una prueba de amor.
Escuchad.

Juana.

Frio sudor
bañando va mi cabeza.

(El rey lee, y doña Juana escucha con grande inquietud.)

SEÑOR.

Los males que vuestro primer ministro, marques de Villena, ha promovido en el reino á fuerza de sangre y de tiranía, nos ponen en el deber de representar á V. M., y de esponerle los males que le amenazan. Vos, señor, ignorais la sima que se os está abriendo; y ¡ay de vos! si no apartais pronto de vuestro lado á los que con rostro risueño esconden el puñal que han de clavar en vuestro pecho.

Juana.

Vasallo inicuo y traidor,
y débil rey que consiente
que esa nobleza insolente
del trono manche el honor.

Rey.

Son muchos, reina, no es uno.
Mirad sus firmas aquí;
cien nobles son.

Juana.

Ciento, sí,
mas sumiso y fiel ninguno.

Rey.

Harto tiempo deseché
su prudente insinuacion,
juzgando que la nacion
fuese traidora á mi fé;
mas he visto por mi mal
que el traidor que me acechaba,
cerca de mí preparaba
el asesino puñal.
Y no estaba, vive Dios,
entre la chusma, señora;
era noble la traidora,
tan noble como sois vos.

Juana. Don Enrique, ¿qué pensais?

Rey. Pienso que estais muy serena;
que teniendo el alma llena
de inquietud, disimulais.

Juana. Merced os vine á implorar
por mi mal inadvertida,
y hallo en vos esta acogida;
¡oh Dios! dejadme llorar.

Rey. Ese llanto que verteis...

Juana. Es el llanto del dolor,
desengaños del amor.

Rey. ¿Lorais por mí? bien haceis.

Juana. ¿No he llorar, cuando miro
tanto desden...?

Rey. Vive Dios
que he de vengarme de vos.

Juana. ¡Oh cielos! (*Suspirando.*)

Rey. Vano suspiro,
si acallar pensais con él
mi justo enojo, señora.

Juana. Permitid os diga ahora
que estais conmigo cruel.
Porque esta infame nobleza
adule vuestro poder,
¿me hareis á mí padecer?
¿Dónde está vuestra terneza?
¿Dó aquel amor tan ardiente,
aquella ciega ilusion
que halagó mi corazon
lisonjera y consecuente?
Todo lo habeis olvidado,
¿no es verdad? Ya no hay placer;
á la que fue tu muger...
hasta el pedir la es vedado.

Rey. Sois por demas importuna,
y datos tengo, señora,
con que probaros ahora
vuestra perfidia.

Juana. Ninguna,
ninguna tendreis de mí.

Rey. Seguid, si quereis, leyendo,
(*Mostrándola el pliego.*)

y podeis ver.

Juana. No os entiendo;
pero dejádmelo, sí. (*El rey se le da.*)

(*Doña Juana lee.*) Y mas, señor, doña Blanca está encerrada en el castillo feudal del marques; su vida será muy corta, sino deteneis la mano impura de vuestra esposa doña Juana. (*La reina lanza un grito y rompe la esposicion.*)

Juana. ¡Traidores! ¿No he de vengarme?
Vengad, oh cielos, mi afrenta.

Rey. En vano, reina, lo intenta,
que de vos sabré escudarme.

(*La reina sale furiosa por una de las puertas laterales, cerrándola con impetu.*)

ESCENA III.

EL RER. *Despues* EL MARQUES DE VILLENA.

Huyes de mí para vengarte acaso,
y esquivas piensas remediarlo así;
pero te engañas, que llegó el momento
que tus inicuos planes conocí.

En vano piensas, si salir pretendes,
que esta llave sujeta tu intencion,
como inhumana á tu rival Horosa
tienes cautiva en mísera prision.

(*Echa la llave á la puerta por donde salió la reina. El marques de Villena abre la opuesta.*)

Marques. Dios os guarde.

Rey. Bien venido.

Marques. Su magestad me permita...

Rey. Ya su presencia me irrita.

Marques. Si acaso os he interrumpido.

Rey. Al contrario, os aguardaba.

Marques. Celebro entonces llegar,
si pensásteis consultar.

Rey. Precisamente; acababa
de hablar de vos, y queria...
Podeis sentaros.

Marques. Señor,
me haceis en ello un honor

harto grande. (*Se sientan.*)

Rey. Pues decia,
que anhelando una ocasion
de hablaros, mas oportuna
no pienso encontrar ninguna
como esta.

Marques. Teneis razon.
Rey. Quiero me hableis del Estado,
y espíritu nacional.

En este tiempo, ¿qué tal?
¿estuvo el pueblo aquíetado?

Marques. Tranquilo todo, señor;
algunos viles no mas,
sedientos de oro quizás,
nos infundieron temor.
De doña Blanca secnaces
ya ganados, ya vendidos,
hace dias que aburridos
gritaron los pertinaces.
Ciega esperanza tal vez
les animaba, y presumo
que convertida ya en humo,
jugaron al ajedrez
su vana esperanza loca.
Cien cabezas se colgaron,
con lo que al fin se aquiataron,
siendo la sangre bien poca.

Rey. Con efecto, poca ha sido,
si tal vez no se vertió
la principal, ó si huyó
la ley el mas atrevido.

Marques. Señor, os puedo afirmar
que mas cómplices no hallé;
si los hubiese, bien sé
mil vidas sacrificar
cuando lo exige el sosten
de vuestra vida preciosa,
de vuestro trono y esposa.

Rey. Sin embargo, mirad bien
si no hallais ningun traidor
que impune os haya quedado,
ni esté acaso procesado,

- Marques.* Fuera bien facil, señor;
no alcanza siempre la ley
á todo el que la infringió.
- Rey.* Y alguno os marcara yo
que fue traidor á su rey,
y en vez de ser castigado
goza favor singular,
porque supo alucinar
á un rey asaz confiado.
- Marques.* Bien pudiera un malhechor
perfidia torpe encubrir,
sin que se pueda decir
ese es falso y es traidor;
mas si le habeis descubierto
confiádmelo á mí al punto,
y os afirmo que este asunto
podeis contarle por muerto.
- Rey.* No era muy facil que vos
de su causa fueseis juez.
- Marques.* Si habrá la reina tal vez
sido traidora, ¡gran Dios! (*Aparte.*)
Segun fuese su delito, (*Al rey.*)
asi juzgado sería.
- Rey.* ¿Y qué pena se daria
de un monarca al favorito
que fingiendo lealtad
soborna el pueblo y seduce,
y su ambicion le conduce
á un reinado? contestad.
- Marques.* Grande es el crimen, señor;
(¡soy perdido!) mas no sé,
ni imaginarme podré
pueda encontrarse el traidor.
- Rey.* No muy dificil os fuera
que pudierais vos hallarle.
- Marques.* Si vos me mandais buscarle...
- Rey.* Aconteceros pudiera
que le hallaseis en palacio.
- Marques.* No hay duda, fuí descubierto. (*Aparte.*)
Quién podrá ser no lo acierto.
- Rey.* Y tal vez en corto espacio,
quizás sin salir de aqui,

se halle un traidor á la ley
que hablando esté con su rey.

Marques. Y qué, ¿lo decís por mí?

Rey. Si la conciencia os lo dice,
á qué mas pruebas.

Marques. ¡Señor!

Rey. Si ella os infunde terror,

vuestro rostro lo predice;
harto tiempo alucinado
me conseguisteis tener,
mas ya llegué á comprender
vuestro plan torpe y malvado.

Marques. (*Levantándose con aire altanero.*)

¿Quién ha sido el impostor
que mi conducta mancilla?

Rey. Hablais al rey de Castilla,
calmad un poco ese ardor.

Marques. Yo os respeto como á rey;
pero tan fiera impostura
manchó mi conducta pura,
y me someto á la ley.

Rey. ¿Y qué esperanzas teneis
si os juzgase un tribunal,
con pruebas en vuestro mal
que vos mismo no sabeis?

Marques. Si mi conciencia está pura
no temo prueba ni ley.

Rey. Temereis á vuestro rey,
y su venganza es segura.
Puesto que yo me engañaba,
¿quién sino vos me sedujo
y á repudiar me condujo
á una esposa que adoraba,
y con falsa delacion
dijisteis no me queria,
que todo el reino pedia
su repudio y proscripcion?
Yo os creí, pese á mi mal;
vuestro consejo he seguido,
mas al fin he conocido
mi conducta criminal.

Marques. Yo os aconsejé, en verdad,

que lo hicieseis, esperando
calmar el contrario bando
de vuestro hermano.

Rey. Callad,

si ya no temblais al ver
que aunque tarde, os conocí.

Marques. Juzgais bien pronto de mí.

Rey. ¿Quién fue el que me hizo rendir,
y atado á un árbol?

Marques. Señor...

Rey. Cual infame malhechor
tuve al fin que sucumbir.

Marques. Tiemble el que me ha descubierto.
(*Aparte.*)

Acaso yo...

Rey. No negueis.

¿Y dónde, dónde teneis
á doña Blanca?

Marques. No acierto

quién pudiera así ofenderme.

Rey. Jamas se ofende á un traidor.

Marques. Os engañó el impostor.

Rey. Pues si lo estoy, respondedme.

¿Dó á d.ña Blanca teneis?

¿Está encerrada, ó ya es muerta?

(*La reina golpeando la puerta donde fue encerrada.*)

Juana. ¿Quién ha cerrado esta puerta?

Rey. Callad. (*En voz baja.*)

Marques. ¡Traidora!

Rey. No habéis.

Juana. Necio anduvo el que cerró.

Enrique, Enrique. (*Golpeando.*)

Rey. Callad. (*Reflexionando.*)

Sino mas bien, contestad;
decid que he marchado yo.

Juana. (*Golpeando.*)

Camareros.

Marques. ¿Me obligais? (*Al rey.*)

Rey. Probareis vuestra inocencia.

Juana. Nadie me oye; ¿qué insolencia!

Marques. ¡Oh Dios! Señora, ¿llamais?

Juana. ¿Sois vos, marques? ¿y mi esposo?

Rey. Que he salido.

Marques. (Todo trémulo.) No está aquí.

Juana. ¿Si me habrá encerrado á mí?

¿Abrís?

Marques. Es dificultoso;
no tengo llave.

Juana. ¿Ni espada?

Rey. Tampoco. (En voz baja al marques.)

Marques. Señora, no.

Juana. Decid que me abran, ó yo...

Marques. Si está con llave cerrada.

Juana. Acercaos; tengo que hablaros,
y acaso el tiempo es urgente;
hablad al rey diligente
y procurad disculparos.

Marques. Señora, si... (Todo convulso.)

Rey. Bien pensado.

Juana. Nuestro plan fue descubierto
por la nobleza.

Marques. Estoy yerto. (Aparte.)

Juana. Le encontrareis enojado.

Disculpadme, si podeis,
y negadlo todo.

Rey. Bien.

Juana. Y disuadidle tambien...

Marques. Entiendo lo que quereis. (Interrumpiéndola.)

Juana. Si yo encontrase salida
pudiera hablaros despacio,
mas si el rey no está en palacio
proporcionadme la huida.

Rey. Decid que sí.

Marques. Bien, señora.

Reina. Si os hiciese el rey prender,
jamás llegue él á saber
que os estuve hablando ahora.

(Un momento de silencio.)

Marques. ¡Soy perdido!

Rey. (Se aproxima á la puerta como escuchando.)

Camareros.

Hola, digo; ¿no hay ninguno?

Camarero. (Entran dos.) Señor, ¿qué mandais?

Rey. Que uno



convoque á mis consejeros
en el momento.

Camarero. Está bien.

Rey. Otro avise al comandante
que esté de guardia, al instante.

(Los camareros hacen un acatamiento, y se retiran.)

Marques. ¡Qué es esto, preso también! *(Aparte.)*

Rey. ¿Qué decís, marques, ahora?
¿Teneis la conciencia pura,
ó fue solo una impostura
de alguna lengua traidora?

Marques. Yo á quien me manda obedezco:
vuestra esposa me ordenó
que así lo hiciese, mas yo
el ser traidor aborrezco.

Rey. Será extraño para vos
que un rey débil é impotente
se muestre tan inclemente.

*(Se oyen voces del pueblo y ruido de gente próximo á
la estancia del rey.)*

¿Qué ruido es ese?

Marques. ¡Gran Dios!
(Entra don Pelaez.)

Pelaez. Señor, señor, amotinado el pueblo,
de palacio á las puertas reunido
ha intentado subir, y vuestra hermana
recorre ya el palacio en busca vuestra.
Innumerable pueblo amotinado
piden de Blanca libertad y vida:
¿debemos impedir...?

Rey. No, no, dejadlos
que suban hasta aquí, que yo los vea
y pueda su opresor regocijarse
y sus quejas oír; si fue impostura,
vos sois, marques, el ofendido ahora;
contestad á ese pueblo.

Marques. Yo no debo;
vos sois su rey y su monarca solo,
contestad si podeis.

Rey. Orgullo vano.
La víctima sereis de vuestro pueblo,
de ese pueblo oprimido que gimiera

bajo el capricho de traidor ministro.

Pelaez. ¡Qué escucho! ¡el rey con el marques airado!
(*Vase.*)

Marques. No habrá, señor, quien mi delito pruebe.

Rey. Un tribunal que os juzgará inclemente.

Marques. Un tribunal que á su capricho juzgue;
mas el cielo querrá que yo me vengue,
mi justa queja el tribunal oirá.

Rey. Como traidor á vuestro rey.

Marques. Ninguno,
ninguno habrá que de traidor me marque.
¿Quién puede haber, qué delator vendido
probarme pueda tan enorme crimen?
¿Quién osaría á su primer ministro
traidor llamarle con justicia?

(*Entra doña Isabel y el Vate vestido de guerrero; el
marques se llena de furor.*)

Vate. Yo.

Marques. ¡El Vate!

Isabel. ¡Hermano! (*Abrazando al rey.*)

Rey. ¡Mi Isabel querida!

Isabel. Mirad al opresor de vuestra esposa
y del pueblo tambien.

Marques. ¡Y vive! oh furia.

Vate. Aun vivo; me veis, y no os asombre
que eludirme pudiera de la muerte;
si mi inocencia en vuestro pecho airado
no halló justa piedad, en el verdugo
la hallé aquel día que entregados fuimos
cien nobles á la par, y no sus manos
teñidas quiso ver en sangre mia.

Rey. Huid, ó Vate, su presencia.

Marques. ¡Oh cielos!

Rey. A mis brazos venid; cien y cien veces
vuestra muerte lloré. (*Al Vate.*)

Vate. No quiso el hado
sin duda que cual víctima inocente
tambien yo pereciese; y he vivido
por esos campos fugitivo, errante,
tapado el rostro cual nocturno espía.
Pero por fin llegado es el momento
que al frente del ejército y del pueblo

mi voz oyéseis con temblor convulso.
Harto tiempo sufrió el pueblo oprimido,
que ya no puede mas.

Isabel.

Querido hermano,
si de algo puede el fraternal cariño
que vuestro pecho generoso encierra,
si la voz de un ejército que os ama
y de Castilla el suspirado acento
os llegan á apiadar, yo os lo suplico,
venid, y á vuestra esposa libertemos
de la horrible mansion en que ese monstruo
sujeta tiene entre cadenas duras.
Si alli la vierais suspirando...

Marques.

¡Infame!
Mi guardia me vendió. (*Aparte.*)

Isabel.

Y entre sollozos,
venganza al cielo su inocencia clama.
Venid, venid, y á libertarla vamos.

Rey.

No ha menester de súplicas mi seno,
que está por el dolor ya lacerado.
Llegó ya el dia en que rasgóse el velo
que me ofuscó con densa oscuridad.
Yo mismo le descorro, y tiemble, tiemble
mi justo encono el bárbaro opresor.

Marques.

Acaso un dia arrepentido gima
monarca débil que á la voz sucumbe
de un pueblo alucinado.

(*Gritería en el pueblo.*)

Isabel.

Ese es el eco
que os contesta, marques.

Marques.

Cielos, vengadme.

Voz dent. Atras.

Atahár. (*Dentro.*) Dejadme pasar.

Tengo entrada.

Rey.

¡Qué rumor!
(*Entra Atahár con un pliego en la mano.*)

Atahár. Guárdeos el cielo, señor.

Rey. Bien venido el de Atahár.

Atahár. Su magestad no se asombre
que representante fiel,
en vos ponga este papel
de vuestro ejército en nombre.

Rey. Acepto vuestra embajada
con mas placer que pensais.
(*Le da el pliego y hace un acatamiento; el rey lo detiene.*)

Atahár. Señor...

Rey. Mirad, no os vayais.
(*Doña Juana dentro golpeando la puerta.*)

Juana. Abrid aqui. (*Movimiento en todos.*)

Rey. Nada, nada. (*Riéndose.*)

Atahár. Señor, la reina.

Rey. Ella es.

(*El rey saca una llave y se la da al marques.*)

Tomad esa llave vos

y abrid la puerta.

Marques. ¡Gran Dios! (*Abre.*)

Juana. (*Saliendo.*) Os doy las gracias, marques.

¿Es un sueño? ¿quién es ese?

(*Reparando primeramente en el Vate, y despues en doña Isabel.*)

Es el Vate, ó yo deliro.

¡Isabel! ah, no me admiro,

cese mi sorpresa, cese.

Isabel. Deponed esos temores.

Juana. Ya no me sorprende veros,

si supo al fin protegeros

la egida de los traidores.

Isabel. Mandato inicuo fue aquel
que Castilla está aun llorando.

Juana. Yo soy la reina, y yo mando;
vos solo infanta, Isabel.

Isabel. Jamas lo fuerais, por Dios,
que en vez de reina indulgente,
tiene el vasallo inocente
un verdugo mas en vos.

Juana. Altiva sois por demas.

Rey. Oireis la voz de Castilla.

Juana. Jamas la reina se humilla
á un pueblo infame, jamas.

(*El rey entrega el pliego á Atahár, el cual lee en voz alta.*)

Atahár. Condiciones que el ejército castellano estipula
á su rey don Enrique el IV para la estabilidad de su
trono.

Será puesta en libertad, y reconocida como legítima reina de Castilla, doña Blanca de Navarra, separando de su lado á doña Juana de Portugal, y destrrándola de su reinado.

Otro sí: El marques de Villena será despojado de todos sus cargos y dignidades, y se sujetará al fallo de un tribunal, colocándose al frente del gobierno en calidad de ministro al arzobispo de Toledo.

Otro sí: La infanta doña Isabel será la legítima sucesora del rey don Enrique.

Juana. Ingrato fue á mis anhelos
con pérfida traicion,
pueblo que da proscricion
en pago de mis desvelos.

Marques. Ocultando su maldad
os halagan como á rey;
mañana os darán la ley,
y temblareis.

Rey. (Cogiendo la esposicion.) ¡Oh! callad.

Juana. ¿Qué vais á hacer?

Rey. A firmar...

Juana. ¡Decretar la muerte mia!
¡El que tanto me queria
tan vil pago me va á dar,
sin mas pruebas contra mí
que un pueblo bajo y traidor!

Rey. Ya está firmado.

Juana. ¡Oh dolor!

Marques. Señor...

Rey. Mi sentencia dí.
(Entra don Pelaez.)

Pelaez. Ya el consejo reunido
os aguarda.

Rey. Al punto voy. (Vase Pelaez.)
(Entrega el pliego á Atahár.)

Atahár. Señor, las gracias os doy.

Rey. Vuestra mision se ha cumplido,
mas exijo...

Atahár. ¿Qué mandais?

Rey. Que custodiéis á los dos.

Atahár. Asi lo haré, vive Dios,
segun vos me lo ordenais.

Juana. Monarca débil é infiel,
¿y osais con tal apatía
labrar la deshonra mia
sin apiadaros? cruel.

Rey. No morireis, os lo juro:
en un castillo encerrada
quedareis, ó desterrada
solamente, os lo aseguro.
Quedaos en tanto, señores,
el consejo os juzgará.

Juana. Él mi inocencia verá.

Rey. Guardaos bien, que son traidores. (*A Atahár.*)

(*Vase el rey seguido del Vate y doña Isabel. Atahár se coloca en la puerta. El marques y doña Juana se lanzan mutuamente miradas de indignacion.*)

(*Cae el telon.*)

FIN DEL TERCER ACTO.



ACTO CUARTO.

Sala en el castillo feudal del marques de Villena lujosamente adornada; una mesa espléndida en su centro; copas y demas útiles para una comida. Un balcon á la derecha y puerta al fondo. Estará visiblemente iluminado.

ESCENA PRIMERA.

EL CARCELERO. *Despues* ATAHÁR.

Carcelero. **Y**a nada falta; todo está dispuesto como previno el jóven oficial. Mucho tarda en subir; sin duda estará anunciando á las guardias de este castillo la venida del marques, ó habrá mandado salir alguna escolta para que le conduzcan hasta aqui. Bien pensado; el hombre cuando trata de quitar á otro la vida, debe estar siempre prevenido, y si es posible, bien acompañado. (*Se oye templar un laud.*) Hola... la reina doña Blanca no se ha olvidado hoy de su acostumbrado cántico. Como está tan próximo su encierro de este salon, hasta aqui llegan sus desconsolados ecos: ¡desgraciada muger! (*Se oye cantar á doña Blanca.*)

Si es mi destino la muerte
tranquila la espero ya,
que harto en el mundo he vivido
para sufrir y llorar.

Madre de Dios,
piedad, piedad.

Carcelero. No dice mal. Un mes ha que no canta otra cosa, y pardiez que debe sentirlo asi, segun las

veces que lo repite... ¿Quién abre? (*Entra Atahár.*)

Hola. ¿Sois vos, señor oficial?

Atahár. Todavía no han llegado. Mucho tardan; pero todo lo habeis dispuesto ya, segun veo.

Carcelero. Sí señor; nada falta que hacer de lo que vos me dejásteis mandado; pero llegais á buena ocasion. (*Vuelve á sonar el laud.*)

Atahár. ¿Quién canta?

Carcelero. Prestad atencion. Es la destronada reina, que la mayor parte de la noche la pasa cantando, y por Dios que parece su cántico la agonía de un moribundo. (*Canta.*)

Si en esta mansion oscura
llegases á penetrar,
mi Enrique, cuanto he sufrido
sus piedras te lo dirán.

Madre de Dios,
piedad, piedad.

Atahár. ¡Desgraciada!

Carcelero. ¿Habeis oído? pues así pasa las horas durante la noche. Yo creo que vela mientras los demás dormimos.

Atahár. Puede que sí.

Carcelero. Nadie dijera sino que esa muger está loca.

Dias pasados entraba yo en su encierro para darla el alimento que por orden del marques diariamente se la suministra, y así que pudo verme á la luz de mi farol se arrojó á mis pies y me los besó mas de diez veces. Yo la pregunté si me mandaba alguna cosa en que pudiera serla útil, puesto que ya no pensaba volverla á ver hasta el siguiente dia, y la contestacion que me dió fue soltar una estrepitosa carcajada, que repitieron las gruesas paredes de su encierro con sonido burlesco y aterrador.

Atahár. ¿Y tú qué hiciste?

Carcelero. Me eché tambien á reir. Al otro dia me rogó encarecidamente me sentase á su lado y la acompañase á comer. Condescendí, y comimos juntos aquel dia. Os lo confieso, ¡me inspira tanta com-

pasion esa muger! Durante la comida me estuvo hablando de un sueño que habia tenido. Me dijo que estaba remontada en una hermosa nube, y que desde alli veía en un ameno campo, todo lleno de flores, infinidad de niños conducidos por hermosas matronas vestidas de blanco; detras de estos, aparecian multitud de jóvenes con ramos de oliva en sus cabezas, y venerables ancianos cubiertos de pieles de cordero, y con unos cayados en las manos. Dice que volvió la vista al opuesto lado, y que allá muy lejos veía en un oscuro valle un inmenso tropel de hombres, y que reinaba entre ellos mucha confusion y desorden; que todos se atropellaban por pasar al otro lado, y que ninguno pasaba. Reparó en que los mas llevaban unas coronas brillantes en sus cabezas, y que algunos de ellos las tiraban al suelo y las pisoteaban. Dice que estaba mirando con mucha atencion en qué vendria á parar aquel desorden, cuando la pareció ver entre ellos al marques de Villena. En esto lanzó un grito, dejando caer por sus megillas un torrente de lágrimas.

Atahár. Y tú, puesto que eres tan compasivo, la animarias, la...

Carcelero. Cá. ¡No señor! Me eché tambien á llorar, y sin contestarla una palabra cerré la puerta y me salí de la torre. Os aseguro, señor oficial, que hay momentos tambien muy tristes para nosotros, hay momentos en que una voz interior nos agita y nos desvela; mas el temor al castigo, y la costumbre, nos hacen indiferentes á la desgracia, y la misma sensacion causa en nosotros oír los lamentos del que no ve el sol en diez años, como la algazara y festin de la mejor orgia.

Atahár. Celebro, buen carcelero, me hayas descubierto tu corazon, y puesto que mi llegada á este castillo no ha podido menos de sorprenderte, quiero seguir confiándote el misterio de mi venida.

Carcelero. Haced lo que mas os plazca, señor oficial, seguro de que podeis depositar en mí los mas profundos secretos sin temor de que llegue á descubrirlos.

Atahár. Cuidando estaba, como te dije, de la seguridad de los dos procesados, mientras el consejo fallaba la sentencia de ambos; la demasiada confianza me hizo descuidar algun tanto mi deber; mas el marques, aprovechándose de ella, no dudó en sorprenderme y apoderarse vilmente de mi espada. Amenazado por él, no me quedaba mas arbitrio que morir ó proporcionarles la huida. Uno y otro extremo eran para mí muy sensibles, y la natural aversion que siempre he profesado al marques me hizo reflexionar el mejor medio para burlar sus deseos. En efecto, recordé que existia en mi seno todavía un arma con que poder defenderme, la busco, y ya mi brazo iba á luchar con el de mi contrario, cuando vi que el marques arrojó la espada al suelo y me pidió encarecidamente no le hiriese con aquel fatal cuchillo. En esto su semblante se llenó de la mayor agitacion, y la reina doña Juana lanzó un grito de terror. — Joven oficial, me dijo, ¿ese cuchillo es tuyo? — Mio es, la contesté. — ¿Quién te le confió? — La suerte. — Ese cuchillo le has debido al valiente coronel Roberto de Santa Fé, ¿no es verdad? Alguna vez te dijo que por él llegarías á descubrir el misterio de tu nacimiento. — Verdad es, señora, la contesté. — Si nos das libertad juramos conducirte á la presencia de tus padres. — ¿Me engañais, señora? — A fé de reina, me contestó doña Juana. — Decidme dónde estan, y disponed de mí. Si sabeis quiénes son, decídmelo. ¿Viven, viven? conducidme á su presencia, dejádmelos ver. — La libertad, y no tardarás en conseguir tus deseos. — En efecto, conociendo que ellos estaban enterados del secreto de mi nacimiento, y luchando entre el deseo y mi deber, me decidí por lo primero, aunque fuese á costa de mi honor.

Carcelero. Hicisteis bien; yo en vuestro caso hubiera obrado del mismo modo.

Atahár. Para efectuar la fuga me fue preciso sobornar á seis centinelas con la mayor esposicion; pero afortunadamente ya estan en camino de este castillo, donde me prometieron presentarme á mis ignorados padres.

Carcelero. En verdad, señor oficial, que me habeis contado cosas bien raras. También pudiera referiros algunas, pero creo no han de ser nuevas para vos. Sabeis que la muerte de aquel malhadado Vate Ausias Marc, á quien la reina doña Juana hizo colgar con los cien nobles de aquella insurreccion, ha sido una solemnísima mentira. El pícaro del verdugo aseguró que le habia ahorcado, y á pocos dias le vi pasar desde una ventana de este castillo al frente de un magnífico escuadron del rey don Enrique.

Atahár. Efectivamente que así fue: (*Suena ruido de coche.*) ¿mas qué ruido es ese? Sin duda será el marques; no pierdas tiempo: (*Se asoma al balcon.*) ellos son; sal tú á recibirlos, y condúcelos hasta aqui.

Carcelero. Voy al punto. El cielo cumpla vuestros deseos. (*Vase.*)

ESCENA II.

ATAHÁR. *Despues* DOÑA JUANA y EL MARQUES.

Atahár. Llegó el momento fatal
del sacrificio, marques;
mal has pensado, muy mal,
si en sangre inocente crees
he de teñir mi puñal.
Tú quisiste en mí encontrar
de doña Blanca el verdugo;
nunca lo fue el de Atahár,
y si seguirte me plugo
muy distinto me has de hallar.
¿Como partidario fiel
de la reina Blanca, hoy
he de olvidarme, cruel,
que todo cuanto yo soy
lo debo á ella y no á él?
No en vano horror te causó
mi cuchillo, y te prometo
que si la fuga te dió,
descúbreme tú el secreto,
despues me vengaré yo.

- Juana.* Breves momentos quizás tardarás en conocerlos.
- Atahár.* Al pensar que ora he de verlos se agita mi mente mas.
- Juana.* ¡Dios mio!
- Marques.* Pues tú lo quieres, voy á calmar tu ansiedad.
- Atahár.* Decídmelo, por piedad.
¿Estan aqui?
- Marques.* ¿Y si sintieres despues de verlos...?
- Atahár.* Amor...
¿Cómo podrá hallarse un hombre que al mentar el dulce nombre de padre consolador, no sienta dulce impresion, que como rayo del cielo llena el alma de consuelo y de gozo el corazon?
¿Cómo poder resistir este impulso natural, si nace con el mortal y le sigue hasta morir?
- Marques.* En efecto; ¿y si quizás no fuese noble tu cuna?
- Atahár.* Esa no es causa ninguna para no adorarlos mas.
- Marques.* ¿Y si lo fuese?
- Atahár.* Tambien.
- Marques.* ¿Y si siendo noble, hubiera secreto que conviniera encubrir para tu bien?
- Atahár.* Vos decidme quiénes son, y guardad ese secreto.
- Marques.* Si te conformas, prometo satisfacer tu intencion; mas es preciso primero cumplir con lo prometido; despues que me hayas servido tambien complacerte quiero.
- Atahár.* ¡Horror me inspira mirarle! (*Aparte.*)
- Juana.* Conduce aqui á mi rival,

que pasa para mi mal
 tiempo que puede burlarme.
 De doña Blanca la muerte
 es la prueba que has de dar;
 ¿y el veneno?

Atahár. Aquí ha de estar.

(Sacando un pomito del seno.)

Juana. Pues cumple ya, que es tu suerte.

(Se dirigen los dos á la mesa y doña Juana le ofrece una de las copas, en la cual Atahár vierte el veneno á presencia de ella; mas este, aprovechándose de un momento en que doña Juana se dirige al marques, vierte el licor donde echó el veneno en otra copa de las que estan en la mesa.)

Atahár. Derramo licor, y en esta bien el líquido cabrá;
 ¿quién de los dos morirá? (Aparte.)

Cambemos, poco me cuesta.

(Cambiando de sitio las copas.)

Juana. Quiero que unidos los tres demos muerte á esa traidora:
 ¿podré fiarme?

Atahár. Señora,
 ¿y mi secreto?

Juana. Despues.

(Abrese la puerta del fondo.)

Juana. ¿Quién abre la puerta?

Marques. Será el carcelero.

Quizás doña Blanca con él subirá.

(Aparece doña Blanca conducida por el carcelero.)

Juana. Es ella.

Blanca. ¡Dios mio!

Juana. Su pálido rostro predice la suerte que presto tendrá.

Blanca. Espléndida mesa; y aqui los traidores preparan acaso mi muerte precoz.

Carcelero. Ya vuestro mandato cumplí sin demora.

(Al marques.)

Marques. Pues parte y vigila, que el tiempo es veloz.

(Vase el carcelero.) (D.^a Blanca se aproxima mas al foro.)

Juana. Salud, doña Blanca.

Blanca. ¡Dios mio!

Marques.

Él os guarde.

Atahár. Su rostro es mas bello que el de un serafín.
(*Aparte.*)

Juana. El cielo se muestra propicio este dia,
y vuestros pesares tocaron su fin.

Blanca. No es facil, señora, que vana esperanza
aliente mi seno, que agita el dolor.

Juana. Parad ese llanto, que el rey vuestro esposo
hoy viene á salvaros henchido de amor.

Blanca. Decidme, ¿á qué viene? Tal vez á injuriarme.

Juana. A daros el cetro que es vuestro.

Blanca. Callad.

¿Me engañais, señores?

Marques. (*Dándola un pliego.*) Tomad esta orden,
que el rey vuestro esposo me ha dado; mirad.

Blanca. Recelo me inspira quien nunca ha podido
guardar en su seno de mí compasion;
mas al fin si muero, si soy engañada,
vuestro será entonces mayor el baldon.
¿A ver? (*Revisando la carta.*)

Juana. Nuestro triunfo se logra sin duda.
(*Al marques.*)

Marques. Jamas suplantara su firma mejor.

Blanca. (*Aparte.*)
Su letra es aquesta, ¿podrán engañarme?

Atahár. Ardid es el suyo de infame y traidor.

Blanca. (*Leyendo.*) Marques, tu justo arrepentimiento
ha turbado mi corazon, inclinándome á la ver-
dadera senda de la justicia. La paz del reino, y
la tranquilidad de mi espíritu, exigen me deter-
mine á volver á mi esposa doña Blanca al trono
que ante Dios y los hombres la corresponde; para
lo cual prepararás un banquete en el salon mas es-
pacioso que haya en ese castillo, desde donde tú
y doña Juana partireis para Portugal, segun esta-
mos ya de acuerdo. Pocas horas te doy de ventaja
para que la comuniques mi llegada. = Yo el rey.

Esta es su firma; ¡la conozco tanto!

¡Pudiera ¡oh cielos! engañarme así!

(*Vuelve á repasar la carta con la vista.*)

Marques. ¿Dudais, señora? ¿vacilais acaso?

Un trono se os prepara desde aqui.

Blanca. Es cierto; un trono se me ofrece ahora,
y un día ó vuestro amor ó el atahud,
y vos, marques, vos mismo erais entonces
con la misma apariencia de virtud.

Marques. Verdad que os engañé; que yo he querido
atormentar vuestra inocente vida
con el duro rigor; mas mi conciencia
de amargura y afanes combatida,
no puede por mas tiempo indiferente
veros sufrir con amargura tanta:
al rey espuse mi tremendo crimen
y el dolor me anudaba la garganta;
le conté vuestro estado, mi perfidia,
le recordé tambien sus desvaríos;
en fin, vuestro rival deciros puede
cuánto lloraron ¡ay! los ojos míos.

Juana. Yo misma, yo le vi, que sollozando
regó los pies de vuestro caro esposo
pidiendo compasion, y que convulsa,
no hallando ya en mis crímenes reposo,
por vos yo le imploré; yo que otro tiempo
fundé mi orgullo ¡oh Blanca! en oprimiros,
tambien entonces conocí mi crimen,
y el trono que os robé, vengo á rendiros.

Blanca. Gracias os doy, si vuestro pecho encierra
la justa compasion que me mostrais;
si tantas pruebas ofuscar me pueden,
la vida me quitad si me engañais.

Juana. No pueden por mas tiempo nuestros ojos
veros sufrir con bárbara opresion;
á mis brazos venid, reina inocente,
y con ellos me dad vuestro perdon.

Blanca. ¿Implorais el perdon de la que supo
en medio del tormento perdonar?

(Abrazándola.)

Tambien, señora, en mi sombrío encierro
á la Virgen por vos supe rogar.

Marques. Permitidme, señora, que el primero
llegue á besar vuestra nevada mano
como reina que sois, y hasta la muerte
un súbdito hallareis, no ya un tirano.

(La besa la mano.)

Atahár. (*Aparte.*) Un ósculo de muerte la prepara,
é ignora él mismo su fatal destino.

Blanca. ¿Y ese jóven?

(*Reparando en Atahár, á quien no habrá mirado aun durante la escena.*)

Marques. De vos fiel partidario,
enviado del rey conmigo vino.

Atahár. La obligacion me trajo á este castillo,
y un deseo tambien que he de lograr.

Blanca. Un deseo... ¿cuál es?

Marques. (*Interrumpiéndola.*) Solo el de veros.

Atahár. (*Aparte.*) Serán las ocho; el rey debe llegar.

Blanca. Vuestra embajada, ó jóven, agradezco.

Atahár. Como vasallo y militar, señora,
amaros con respeto es mi deber.

Marques. En tanto llega el rey, sentaos ahora.

(*Las dos reinas ocupan asientos de los de la mesa.
Atahár y el marques permanecen en pie, y retirados
á un lado del foro para hablar entre sí.*)

Marques. Ya veis lo bien que se prepara todo;
¿cuál es la copa del mortal veneno?

Atahár. (*Ap.*) Pues llegó mi ocasion, no he de perderla.
De las tres, la del medio. (*Hablando con él.*)

Marques. (*Hablan en secreto.*) Basta, bueno.

Blanca. Estoy, señora, de sufrir rendida.

Juana. Necesitais sin duda descansar.

Blanca. Aqueste encierro funeral y oscuro
logró mi vista y fuerzas acabar.

(*Hablan en secreto.*)

Marques. De esta estancia saldrás, de aquí á un momento:
fingid que llega el rey, ¿lo has entendido?
y con marchas y vítores sonoros
gritarás con mis guardias reunido;
brindaremos los tres á su llegada,
beberá doña Blanca y...

Atahár. (*Aparte.*) Te envenenas.

Marques. Tres caballos verás ya preparados
para la fuga; acallarás tus penas,
abrazarás á tus queridos padres;
en fin, no pierdas un instante, vuela;
resérvalo, por Dios, despacha, corre;
(*Dándole una llave.*)

toma esta llave; á Dios, tú me consuela.

(*El marques va á reunirse con las dos reinas. Atahár le sigue con la vista.*)

Atahár. Caminas á la muerte, y te apresuras:
la hora llega ya, mi triunfo es cierto.

Blanca. ¿Adónde vais?

Atahár. Señora, á la atalaya
á ver si viene el rey.

Blanca. Dios te dé acierto.

ESCENA III.

DICHOS, menos ATAHÁR.

Marques. ¡Qué grato es el momento que os espera
al lado de un esposo que os adora!
Hoy renace la aurora
brillante y hechicera
que ha de alumbrar vuestra amorosa vida,
siendo mas grata cuanto mas querida.

Blanca. Sin duda el cielo se apiadó indulgente,
y amor compasion os infundió,
que el sufrir inocente
cual he sufrido yo,
aplaca de un Dios justo la venganza,
y la resignacion todo lo alcanza.

Juana. Sufristeis, es verdad, y alli oprimida
en un encierro entre cadenas fuertes,
aun fue mas que mil muertes
pasar tan triste vida;
mas ya por fin vuestro pesar es muerto,
y vuestro porvenir plácido puerto.
No fuí culpable, no, Blanca inocente,
en ocupar vuestro dosel dorado;
un rey estraviado,
voluble, inconsecuente,
un trono me ofreció, yo le aceptaba,
porque el brillo real me deslumbraba.

Blanca. Y entonces sin mirar mi desventura,
no hallando en mí mas crimen que el amarle,
¡qué digo! idolatrarle
con sin igual locura,

mis cariños de amor no le halagaron.

Juana. Señora...

Blanca. Sí; muy mal se me pagaron.

Mas decidme, por Dios, ¿dónde está? ¿dónde?

Juana. Muy pronto le vereis.

Blanca. Vuestra falsía

sin duda me le esconde;

no turbeis mi alegría;

si he de volver á sus amantes brazos,

no me ligueis con tan crueles lazos.

(Se oyen vivas y marcha real bastante lejano.)

Marques. ¿Oís, señora? ¿oís? Él es sin duda;
proclaman esas voces su venida.

Blanca. Mi garganta se anuda;

(Con estremada alegría y aproximándose al balcon.)

aquí está tu querida;

llega, mi esposo, y sube á este castillo;

guiadle, que es el rey; fuera el rastrillo.

(Suenan vivas algo mas cercanos; doña Blanca se dirige á la puerta del fondo, que habrá cerrado Atahár al salir.)

Marques. Las voces de mi guardia le proclaman.

(A doña Juana.)

Blanca. ¿La llave de esta puerta?

Marques. El rey la tiene.

Oid cómo le aclaman.

Señoras, mientras viene

brindemos su llegada con reposo,

brindemos por el rey.

Blanca. Yo por mi esposo.

(Se dirigen los tres á la mesa, y el marques sirve copas á las dos reinas, cuidando de dar la de en medio á doña Blanca.)

Marques. *(Brindando.)*

Sea el licor que bebo entusiasmado

raudal de vida, de virtud y gloria,

que borre la memoria

de mi crimen pasado,

y dé á mi seno la perdida calma;

á mi reina, salud, vida á mi alma. *(Bebe.)*

Juana. Yo brindo por el rey; no por mi esposo,
que injusto fue mi enlace para Dios;

vivid en el reposo
que mereceis los dos,
y si cifrais en él vuestra ventura
feliz os haga Dios desde su altura.

(*Suenan vivas y marcha real menos distante.*)

Blanca. Tambien yo brindo, que mi pecho ufano
palpita ya con agitado amor,
y con trémula mano
levanto este licor,
postrada en su memoria la rodilla,
brindando por mi rey y por Castilla.

Marques. Que llegue ya; que venga vuestro esposo
y mi rodilla postraré en la tierra.

(*Doña Blanca se asoma al balcon, y doña Juana se va dejando caer lánguidamente sobre la mesa.*)

El nectar venenoso (*Aparte.*)

su altivo pecho encierra.

Doña Juana, venid, partamos luego;

(*La coge de una mano.*)

la hora es ya de huir. ¡Oh! brotais fuego.

Blanca. Mucho tarda en llegar; si yo le viera...

Juana. Mi pecho enardecido

está: si yo pudiera...

siento un fuego interior que me devora.

¡Yo me abraso...! ¡Dios mio!

Marques. ¡Qué, señora!

¿qué os pasa? ¿qué sentís?

Juana. Socorro, cielos;

mi corazon se abrasa... Soy perdida.

Marques. Se aumentan mis recelos.

Juana. ¡Dios mio! fui... vendida...

(*Suenan vivas mas cercanos.*)

Blanca. Ya llega el rey, miradle.

(*Observando en el balcon.*)

Marques. (*Mirando á doña Juana.*) ¡Desdichada!

Blanca. Ya llega. (*Viniendo hácia el marques.*)

Marques. ¡Oh furia!

Juana. Estoy... envenenada.

Blanca. ¿Qué es esto? ¿qué teneis?

Juana. Blanca, dejadme.

Marques. Nos ha vendido nuestro falso hijo.

Juana. Bla... Blanca... perdonad...me;

el cie...lo... me mal...dijo. (*Espira.*)

Blanca. Traicion, Traicion...

(*Vuelven á sonar vivas y marcha real.*)

Marques. Soy engañado.

Quizás tambien me habré yo envenenado.

Blanca. La muerte á las dos juntas preparaste:
traidor, traidor, ¿no te confunde el cielo?
Si aun no te saciaste...

(*Arrodillándose delante de él.*)

Marques. Es justo mi recelo.

(*Óyese ruido próximo á la puerta.*)

La voz del rey; ¡oh furia!

Voz dent. Abrid la puerta.

Marques. Ya que yo muera que te encuentre muerta.

(*Saca la espada para hierla á tiempo que entra el rey,
á cuya vista se sobresalta y arroja al suelo la espada.*)

ESCENA ÚLTIMA.

EL REY, DOÑA ISABEL, EL VATE y gran conmitiva con
hachones encendidos.

Rey. Deten, oh monstruo, tu sangrienta espada.

Blanca. Enrique, abrázame.)

(*Arrojándose en los brazos del rey.*)

Isabel. (*Reparando en doña Juana.*) ¡Cielos!

Rey. (*Abrazando á doña Blanca.*) ¡Esposa!

Vate. ¡Doña Juana! (*Observando á doña Juana.*)

Marques. Murió.

Atahár. (*Entrando con el cuchillo en la mano.*)

¿Dó está el tirano?

Vate. Vedle alli, vedle alli. (*Señalando al marques.*)

Atahár. Muera el villano.

Marques. (*Deteniéndole.*) Tu mano es alevosa;
aquella que alli ves era tu madre.

(*Señalando á doña Juana.*)

Atahár. Pues muere tú tambien.

Marques. Yo soy tu padre.

(*Atahár lanza un grito y arroja al suelo el puñal, sin
herirle: el rey hace una señal á sus guardias y se
apoderan del marques; los demas presentan un cua-
dro de admiracion.*)

FIN DEL DRAMA.

*Se hallará en Madrid en las librerías de
Escamilla, calle de Carretas, y de Cuesta,
frente á las Covachuelas.*





